

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el detective del millón

ralph barby





SS **SERVICIO SECRETO**



RALPH BARBY

EL DETECTIVE DEL MILLÓN

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.037

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal B, 16.781-1970
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1970

© RALPH BARBY - 1970
sobre la parte literaria

© DESILO - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la
Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

651. — Cancerbero de la muerte.

En Colección KANSAS:

611. — Hay que saber perder.

En Colección CALIFORNIA:

692. — El hombre de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

485. — Balada para un pueblo que muere.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.035. — Tumbas olvidadas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

737. — Se vende saloon.

En Colección PUNTO ROJO:

416. — Brasil, coto de caza.

En Colección ASES DEL OESTE:

541. — «Taged».

En Colección BISONTE:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BÚFALO:

779. — Las manos sucias de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Acercó el cigarrillo a sus labios mientras con la diestra tomaba una copa de champaña de la bandeja que el camarero pasaba junto a su butaca.

Tony Adams Limber se aburría soberanamente en aquella fiesta de ricos, ya que no podía decirse que pertenecieran a la alta sociedad.

Los Cryton, anfitriones y dueños de la casa, celebraban aquellas reuniones una vez por semana como mínimo, no importándoles lo que se gastara en ellas.

La Cryton Corporation Electronic Systems proporcionaba los suficientes beneficios como para que aquellos dispendios no asustaran a su propietario y director gerente, no en vano trabajaban más de quince mil empleados en su empresa.

Adams había sido invitado a aquella fiesta en la mansión Cryton, encarada con el océano en una pequeña y agradable bahía particular, junto con más de un centenar de personas, cifra habitual para el poderoso y rico empresario.

—¿Estás muy ocupado esta noche, Tony?

Volvió su rostro y quedó ante unos ojos grandes, oscuros y rasgados. Decididamente, la poseedora de aquellas pupilas podía sentirse orgullosa de ellas.

—Encanto, ¿tú no te llamas Scilla Webb?

Ella parpadeó, no porque la molestara la luz ni la mirada penetrante del hombre, sino para coquetear con él. Luego, sonrió respondiendo:

—Es agradable que entre tantas chicas jóvenes y bonitas como acuden aquí me recuerdes.

—Lo siento, estoy muy ocupado esta noche.

Scilla frunció la delicada nariz.

—¿No soy tu tipo?

—No tienes nada que pueda disgustarme salvo una cosa.

—¿El que? —preguntó ella interesada.

—Tu marido, preciosa.

Tony Adams Limber de profesión investigador privado se levantó de la butaca y abandonó a la fémina con una amplia sonrisa que ella no supo agradecer.

Paseó entre los invitados bebiendo de su copa y sonriendo a derecha e izquierda.

Rememoró el sorprendente día en que la fortuna había acudido a él sin llamarla. Absorto en sus pensamientos, se olvidó del mundo que le rodeaba, del elegante smoking blanco que vestía y de las encendidas miradas femeninas que trataban de lacerar sus fibras más sensibles.

Se sonrió a sí mismo recordando su despacho, si es que podía llamarse así el cuartucho que tenía rentado por veinte dólares semanales para ejercer su profesión.

Se veía con los pies sobre la mesa, el suelo lleno de papeles, el cenicero repleto de colillas, camisa de popelín malo, cuello desabrochado, corbata floja y sobre la cabeza un sombrero de fieltro gris. Un crucigrama entre las manos y el cigarrillo apagado en los labios, pues el paquete se le había acabado. Unos centavos en el bolsillo y la esperanza de la llegada de un cliente.

El teléfono sonó estridente.

Su mano voló rauda hacia el auricular para desahorquillarlo, mas se contuvo. Sonrió y se dijo:

«Que insista un poco más, de lo contrario se creerán que estoy sin trabajo.»

El timbre repiqueteó cuatro veces. Al fin, tomó el auricular.

—Adams, investigador privado. ¿Diga?

—Señor Adams, le llama el California Pacific Bank.

—¿Banco? Oh, creo que se equivocan de número —se apresuró a decir temiendo que uno de sus acreedores tratara de cobrarle a través del banco.

—Aguarde, señor Adams, tenemos una grata sorpresa para usted.

—¿Una grata sorpresa? No será una letra de cambio, ¿verdad?

—No. Pásese por nuestro banco en cuanto pueda e inmediatamente podrá asistir al funeral del señor Ocanon.

Tony Adams frunció el ceño. Sus ojos empequeñecieron y como si le hubieran dicho que tenía que pasarse por la Quinta Avenida neoyorquina subido sobre un elefante, inquirió:

—¿Que tengo que ir al entierro del señor Ocanon, y quién diablos es?

—Venga al banco y le explicaremos.

—Lo siento, pero no conozco de nada al señor Ocanon en paz descanse.

—Suponemos que el señor Ocanon tampoco le conocía a usted, señor Adams,

—Oiga amigo, ¿acaso es hoy el día de las inocentadas?

Se escuchó una leve risita al otro lado del hilo.

—No señor Adams, no se trata de ninguna broma. Usted acaba de heredar del señor Ocanon un millón de dólares netos, ya libres de impuestos.

—¿Cómo? —brincó Tony casi saltando sobre la mesa.

—Venga al banco.

—¿Ha dicho un millón de dólares?

—Sí, pero venga al banco y pregunte por Flanagan que soy yo. Le llevaré inmediatamente a presencia del director gerente.

Aquel día, su coche no rodó sino que voló hacia la entidad bancaria. No tardó en ser introducido en el regio despacho del director gerente del California Pacific Bank.

—Bienvenido, señor Adams —saludó el banquero tendiéndole la mano para que se la estrechara...

—¿Es cierto que el señor Ocanon, recientemente difunto, me ha dejado heredero de un millón de dólares?

—Exactamente.

—Pues venga la pasta, señores, la necesito.

El banquero carraspeó.

—Aguarde un momento, señor Adams. Hay que puntualizar un poco. Realmente, usted no ha heredado un millón de dólares.

—Hum, ya me extrañaba a mí. Era demasiado noticia para tragárselo.

—No desespere, señor Adams. El señor Ocanon tenía un importante negocio de exportación a Oriente. Era un hombre anciano y solitario cuyas cuentas eran llevadas por nuestra entidad. Como carecía de herederos, al acercarse el momento de su muerte llamó a un notario y a nosotros como testigos para testar, ya que su idea fija era que su fortuna no pasara al gobierno donde se disolvería en la nada, sino que hiciera feliz a alguien.

—¿Le reventaban los republicanos?

El director del banco sonrió.

—Cuando gobernaban los demócratas, le simpatizaban los republicanos y viceversa. El señor Ocanon era un anciano rebelde, gruñón y anticonformista, pero un hombre excelente, y para testar no se le ocurrió otra idea que barajar números y letras. El notario Carter, aquí presente —el aludido inclinó la cabeza amistoso—, compuso el número telefónico que había surgido al azar como un número de lotería y llamamos a la dirección de la telefónica. Se nos informó que el número pertenecía a un tal Tony Adams Limber. Naturalmente, tendremos que verificar su identidad.

—Eso es fácil. Tengan mis documentos y el carnet de investigador privado.

—Bien, señor Adams, todo parece en regla.

—Aún no me han dicho qué es lo que realmente me ha tocado de esa lotería telefónica.

—Le corresponde el interés anual de un millón de dólares.

—¿Y a cuánto asciende el interés?

—El señor Ocanon contrató con nuestro banco bajo la condición del diez por ciento.

—¿Me han tocado cien mil dólares contantes y sonantes?

—Exactamente. Cien mil dólares anuales mientras viva.

—Diablos, a esto le llamo yo renta vitalicia. ¿Y qué ocurrirá con el millón cuando yo muera?

—Según el testamento del señor Ocanon, la dirección del banco deberá realizar nuevamente el sorteo telefónico y entonces será otro el afortunado, alguien al que usted no conocerá jamás.

Tony Adams lanzó un silbido de admiración. Abrió la cajita de plata que reposaba sobre la gran mesa del gerente y tomó un cigarro sin pedir permiso alguno. Se dejó caer en la butaca, puso los pies sobre el escritorio y prendió fuego al tabaco.

—Esto es apoteósico, señores.

—Así lo creemos nosotros, señor Adams. Inmediatamente, normalizaremos su cuenta bancaria pero le advierto que no le podremos adelantar ni un solo dólar hasta que se cumpla el año justo a partir del día de hoy.

—¿No habrá ningún adelantito?

—Lo siento, pero usted está expuesto a morir en cualquier

instante, ya sea accidente de circulación, ataque cardíaco o cáncer y si fallece durante el año, usted no percibirá ni un centavo y los intereses que se hayan devengado con el paso de los meses engrosarán la herencia de su sucesor.

El banquero oprimió una de las teclas de su dictáfono y dijo a través de él:

—Señor Manson, que pasen los muchachos de la Prensa.

El despacho se vio pronto invadido por los reporteros fotográficos que gastaron sus placas en el investigador privado que fumaba un cigarro sentado en la butaca, con aire cínico e insolente.

—Tony, parece usted muy satisfecho.

Aquella voz femenina le arrancó de sus gratos recuerdos.

Ya no se hallaba hurgando en el pasado, sino en la fiesta de los Cryton. Desde que adquiriera popularidad y se tomara en cuenta su renta vitalicia, se le habían abierto las puertas de la sociedad californiana y era invitado a más fiestas, cocktails y cenas de a las que podía acudir.

—Oh, señora Cryton, disculpe. Estaba distraído.

—¿Pensando en alguna chica? —preguntó la elegante y ya madura dama—. Según tengo entendido, tiene usted un gran éxito con las mujeres.

—No puedo quejarme, señora Cryton, pero decididamente no tengo vocación de soltero.

—Hum, de flor en flor y sin pegar demasiado las patas en ninguna de ellas, ¿eh?

—No puedo negar que me gustan los grandes néctares, señora Cryton —tomó un sorbo de champaña y añadió—: Lástima que esté usted casada.

La mujer agradeció el halago con una amplia sonrisa.

—Es usted un *play-boy*, un Casanova o un Don Juan, da lo mismo. Acérquese al grupo, por favor. Mi marido está hablando sobre cosas importantes. Le presentaré a algunas amistades.

Tony se dejó conducir y no tardó en estrechar varias manos. Entre las personas que saludó, había dos a las que conocía bien.

Una era el veterano *sheriff* del condado Edwin Farrow y la otra el capitán de detectives Webb, esposo de Scilla, y un hombre muy sagaz pero poco favorecido por la Madre Naturaleza en cuanto a atractivo masculino se refería.

David H. Cryton era un hombre alto, de cabello cano pero músculos todavía tensos. Era elegante y se hallaba excesivamente seguro de sí. Cuando hablaba, lo hacía lenta, enfáticamente, y le gustaba escucharse a sí mismo.

—Estábamos hablando, señor Adams —dijo—, de los diez millones de dólares que invierto yo con mi firma en la investigación electrónica, contando con medio centenar de expertos doctores en física, química e ingenieros electrónicos.

—También hablábamos —intervino el sheriff del condado— del auge que está tomando hoy en día el espionaje industrial, un espionaje casi imposible de controlar oficialmente.

Tony Adams asintió.

—Hay empresas, como la Ford o la Chrysler, que cuando han de destruir un diseño, sea bueno o malo, lo hacen con mucha rigurosidad para evitar copias posteriores. Además, sus departamentos de investigación están protegidos por guardias privados. ¿Hace usted lo mismo, señor Cryton, para proteger los inventos que patenta su firma?

—Desde luego y a pesar de todo, hay fugas que no se consiguen explicar. Nuestro personal de confianza está muy controlado, pero ya me ha sucedido en varias ocasiones y eso me ocasiona enormes pérdidas económicas. Cuando he ido a patentar algo importante, resulta que en el Japón, Inglaterra, Hong-Kong o Alemania, con escasa antelación, ha aparecido algo similar. Cambian el diseño exterior pero fundamentalmente es lo mismo.

El capitán de detectives Webb, un hombre astuto y sagaz que usaba lentes con gruesos cristales color circonio, observó:

—La ciencia está a un nivel similar en los países más desarrollados de la tierra. Los inventos que se obtienen, la mayoría de las veces, no son producto del genio del hombre, sino de la evolución lógica de su inteligencia, de su cultura, de su ser en general. Por ello, no es extraño que científicos bien preparados lleguen frecuentemente a las mismas conclusiones en los Estados Unidos, Rusia o cualquier otra nación importante.

—Su observación es sensata, capitán Webb, pero insisto en que inventos conseguidos por mi valioso equipo de científicos son patentados en otros países y ello significa una constante sangría para la Cryton Corporation.

Tony Adams creyó obligado preguntar:

—¿No son suficientes sus guardias privados?

—Por el sueldo que les pago, tendrían que serlo. El señor Stadford, que debe andar por la terraza tomando una copa, me garantiza que de mis laboratorios de investigación no sale absolutamente ningún plano, ficha o fórmula.

—Y pese a ello, usted está convencido de que sus patentes son hurtadas.

El *sheriff* Farrow, tras un sorbo de su «bourbon on the rocks», dijo:

—Por otra parte, es casi imposible probar nada y no habiendo sido patentados internacionalmente los inventos con anterioridad a la salida en otro país, nuestro gobierno no tiene ni el más leve apoyo o fuerza para censurar a quien haya cometido este delito de espionaje industrial,

—Es muy difícil el mundo de los negocios. Aseguran, que incluso existen ya academias para los espías industriales —dijo la señora Cryton.

Tony Adams Limber bebió un sorbo de su champaña y miró directamente a los ojos del industrial con sus inquisitivas pupilas color galena.

—Le sugiero señor Cryton que además de la vigilancia que ejerce en sus laboratorios su guardia privada al mando del señor Stadford, contrate los servicios de un buen investigador privado.

El capitán Webb, irónico y sarcástico a la vez, comentó:

—Los investigadores privados son los insectos que molestan al gran y poderoso elefante que es la policía.

—Puede ser, capitán Webb. La policía no simpatiza mucho con los investigadores privados. Volviendo a su metáfora le diré que por muy alto que sea un elefante, un insecto puede volar más alto. Posee gran facilidad de movimientos y penetra donde el elefante ni siquiera puede soñarlo. Ah, y su picadura puede resultar muy molesta, capitán Webb.

—Tony, es usted ciertamente agudo —aplaudió la señora Cryton ante el disgusto de Webb.

—Tan agudo como el aguijón de un insecto —rio francamente el *sheriff*—. No olvide, Adams, que el aguijón de un insecto no puede traspasar la piel de un paquidermo, en cambio un paquidermo sí

puede aplastar a un insecto con suma facilidad.

—Es un riesgo que siempre hay que correr, *sheriff*, y no me negará que en la lucha contra el mundo del crimen, los investigadores han proporcionado más satisfacciones que inquietudes.

—Y muchas series televisivas y literatura popular.

—Tiene usted un excelente humor, capitán Webb —aplaudió la señora Cryton que gustaba de aquel torneo verbal.

El industrial Cryton, que había permanecido pensativo, mientras un camarero se acercaba al grupo con nuevas copas llenas y Tony trocaba la suya a par otra a rebosar, objetó:

—Señor Adams, dicen que usted es el único detective privado que puede permitirse el lujo de ofrecer sus servicios gratuitamente.

Tony saboreó el picante champaña californiano. Esta, vez, el contenido de la copa fue más de su agrado, era extraseco.

—Sí, eso cuentan, señor Cryton.

—¿Y se considera lo suficientemente bueno para encargarse de la investigación para la Cryton Corporation Electronic Systems?

—Yo creo que sí. Sin embargo, debo aclararle que mis servicios solo son gratuitos para quienes no pueden pagarlos y siempre que el caso me guste. Como ha dicho usted, puedo permitirme el lujo de hacer lo que quiera. Mi renta de cien mil dólares anuales me permite vivir como me place, pero si el que me contrata puede pagar, con mucho gusto cobro mis honorarios. ¿He sido explícito?

El industrial Cryton suspiró y luego sonrió suficiente.

—Es lógico, quien trabaja quiere cobrar. Aunque no le haga falta dinero, no es usted millonario ni muchísimo menos. La verdad es que a mí su renta no me permitiría vivir mucho tiempo; mis gastos son sumamente elevados.

—Lo sabemos señor Cryton, lo sabemos —asintió Adams irónico ante la jactancia del industrial.

—Bien, ocúpese del caso. Por el importe de sus honorarios no vamos a discutir.

—Es lógico. ¿Qué significa medio millón de dólares para usted, señor Cryton?

Al escuchar aquella cifra, pronunciada fría, casi indiferentemente, todos en el grupo palidecieron a excepción del propio Adams que siguió con el mismo color de piel. Por su parte,

las mejillas de Cryton enrojecieron súbitamente.

La señora Cryton, con una sonrisa helada, observó:

—Medio millón de dólares es mucho dinero por una simple investigación.

—Con esa suma —se apresuró a argüir Webb— podría formar un ejército que protegiera los muros de la Cryton Corporation.

—Puede ser —aceptó Adams encogiéndose de hombros—, pero si el señor Cryton pierde un par de millones anuales por el espionaje industrial del que asegura se le está haciendo objeto, medio millón no es una pérdida sino una ganancia de un millón y medio. Además, en los años posteriores se sentiría más tranquilo, ya he dicho que si trabajo para alguien que pueda pagar, pido mi precio.

—Es usted muy ambicioso, señor Adams —acusó más que observó el industrial con las pupilas achicadas, escrutando mejor al atrevido e insolente investigador privado.

—¿Ambicioso? Oh, no, puede contratar a otros investigadores, yo no tengo ningún interés particular por aceptar su trabajo, ya ha quedado claro que el dinero no me es necesario para vivir. Además, si me hiciera cargo del caso, solo le cobraría el medio millón si le hallaba solución. Si no descubro nada, si pierdo el tiempo, mi dinero e incluso la vida, usted no pagará nada, en cambio yo puedo haber perdido mi vida que vale más que su medio millón de dólares.

La señora Cryton intervino suavizando:

—Bueno querido, después de todo, si el caso no se resuelve, nada pierdes y aunque llegaras a pagarle el medio millón tal como dice el señor Adams, sales beneficiado.

—Es usted fantástico señor Adams, hasta mi mujer se pone de su parte, pero yo particularmente sigo opinando que es usted muy ambicioso.

—Le demostraré que su dinero me importa poco. ¿Tiene una moneda?

—¿Una moneda yo? —preguntó Cryton—. Pues, no creo que la lleve.

—Ya, claro, los millonarios jamás llevan dinero encima. ¿Y usted, *sheriff* Farrow?

—Pues sí, aquí tengo un níquel.

—Gracias —dijo Adams tomándolo.

—¿Qué pretende, señor Adams? —inquirió el empresario receloso.

—Voy a demostrarle que desprecio el dinero, que no me importa amontonarlo, que lo mismo me da ganarlo que perderlo. Yo me encargo de su investigación, ¿lo acepta?

—Insisto en que medio millón es caro para unos simples honorarios.

—Si tiene sangre fría, juéguese a cara o cruz mis honorarios, señor Cryton.

—¿Cómo?

—Yo investigaré su caso. Si no se soluciona, usted no paga nada y si lo resuelvo, me entrega medio millón de dólares. Ahora bien, me juego ese medio millón de dólares a cara o cruz con usted.

—¿Quiere decir que si pierde no me cobrará por la investigación aunque se aclare todo satisfactoriamente? —se asombró el industrial.

Se había hecho un gran silencio en el salón. Todos los invitados se hallaban alrededor del círculo formado por los policías, Cryton, su esposa, Adams y un par de amigos que permanecían en silencio.

—Correcto pero si yo gano me pagará un millón, es decir, el medio millón que debería darme en concepto de honorarios y el medio que se juega.

El «¡Oh!» fue general. Cryton pasó de la rojez a la palidez. Jamás nadie había conseguido unos cambios de colores tan bruscos en su rostro.

—Es usted atrevido, señor Adams.

—Ya le he dicho que el dinero no me importa. ¿Y a usted?

Cryton pensó que si después de haber despreciado la renta del investigador se negaba, quedaría en franco ridículo, un ridículo que jamás podría sacarse de encima. Rio, aunque su risa sonó hueca, falsa.

—Después de todo, ¿qué es un millón para mí? Sin embargo, si usted pierde, ¿quién me garantiza que investigará mis problemas?

—Todos los presentes, señor Cryton. Si pierdo, me comprometo a solucionar el caso en dos meses a partir de hoy.

—¿Y si no lo logra?

—Si pierdo y no soluciono su caso en dos meses, todos son testigos de que cedo mi renta vitalicia a cualquier instituto

garantizado que se dedique a la entomología, lo digo por lo de los insectos de que hemos hablado anteriormente. No hay que dejarlos abandonados, ¿no cree?

—No pierde usted su buen humor, Adams —comentó el *sheriff* Farrow.

—Como usted también tiene que perder, acepto el trato.

—O.K. ¿Cara o cruz, señor Cryton?

—Cara.

—*Sheriff* Farrow, sea usted árbitro y lance la moneda al aire. Va un millón de dólares en ello.

—Oh, con mucho gusto caballeros, esta es una situación excitante. Apártense, por favor.

El círculo se ensanchó.

Cryton quedó tenso, con los dedos engarfiados en el talle de su copa de fino cristal eslovaco. Tony Adams bebía su picante champaña como si fuera uno más de los curiosos y no una de las dos figuras principales en la jugada.

La moneda voló por el aire. Cayó al suelo de canto y rodó coqueta sobre el pulimentado pavimento marmoleo. Al fin, casi desmayadamente, se decantó.

—Cruz —anunció el *sheriff* Farrow.

De nuevo un «¡Oh!» general. Cryton apretó los labios y el champaña estuvo a punto de desbordarse de su copa.

—Lo siento, señor Cryton. Si soluciono su problema, abonaré mis honorarios con un millón de dólares. Como es lógico, el *sheriff* Farrow que es juez en esta especie de juego, aclarará si he solucionado el caso o no. Naturalmente, usted señor Cryton firmará ahora a mi nombre un talón por valor del millón de dólares que entregará al *sheriff* Farrow y que él depositará en el California Pacific Bank.

—Aún no ha solucionado el caso, señor Adams.

—Naturalmente, por ello no cobro, señor Cryton —dijo en medio de un gran silencio—. Solo el *sheriff* Farrow estará facultado para dar la orden al banco y que ese millón de dólares sea ingresado en mi cuenta corriente. No creo que nadie aquí dude de la palabra del *sheriff* Farrow, ¿verdad?

El industrial Cryton, sacó el talonario de cheques, relleno uno de ellos y firmó después tendiéndolo al *sheriff* del condado.

—Tome. Por lo visto, el señor Adams no se fía de mi palabra y sí de la de usted.

Tony, siempre con la copa en la mano, se acercó al *sheriff* y pidió:

—Por favor, deme el cheque.

—¿Va a comprobarlo? —inquirió con sarcasmo el industrial.

—No, no es necesario, confío en su palabra y para que quede claro, rompo su cheque.

Lo hizo varios pedazos. Se bebió el champaña y ante la estupefacción de todos, introdujo en la copa vacía los pedacitos de papel.

—Estoy seguro de que si soluciono su caso usted cumplirá su palabra. No hay nadie en esta fiesta que lo dude. Ahora, disculpen, he de marcharme; tengo muchas cosas que hacer.

Tras una leve inclinación de cabeza y siendo sus labios los únicos que sonreían en la mansión de los Cryton, se alejó hacia la puerta dejando la copa con el cheque en la bandeja de un boquiabierto camarero.

CAPÍTULO II

—Bienvenido, señor Adams. El señor Cryton me ha pedido que le dé el máximo de facilidades.

Tony Adams observó a Stadford por encima del cigarrillo que estaba encendiendo.

El jefe de seguridad interior de la Cryton Corporation Electronic Systems era un sujeto de mediana estatura, entre cuarenta y cincuenta años, fornido y ni un solo cabello cubría su cráneo. Su calva total le daba un aire asiático y enigmático al que se unían sus ojos pequeños pero inquisitivos y observadores.

Stadford había sido inspector federal hasta que aceptara la sustanciosa paga que le ofrecía el industrial Cryton con el empleo de jefe de seguridad.

En su simple ojeada, Adams observó que Stadford era un hombre sagaz, astuto, con una tendencia innata a la investigación. Además, estaba seguro de que era un hábil luchador en todas las modalidades, desde la lucha japonesa y karate hasta la utilización de armas blancas y de fuego. Asimismo, sabía que su presencia como investigador privado le irritaba, quizá por creerlo un competidor que pudiera quitarle el puesto.

—Gracias, Stadford, no deseo molestarle mucho. Por otra parte, estoy convencido de que mantiene usted al mando de sus hombres una vigilancia completa del departamento científico de investigación que el señor Cryton tanto mima.

—Así es —le respondió Stadford

Sin moverse de su despacho podía controlar toda la factoría gracias a un panel con mandos electrónicos y cinco pantallas de televisión conectadas a un centenar de cámaras receptoras repartidas por los lugares más estratégicos.

—No obstante, parece que existe una fuga de inventos, microfilmes, etcétera.

—Permítame que lo ponga en duda. En esta visita que realiza a la factoría le demostraré que es imposible que del edificio de investigación se lleven nada. Está casi más controlado que una

central de estudios atómicos del gobierno.

—Estoy seguro de que usted, por encargo del señor Cryton, cuida de que así sea. Sin embargo, el señor Cryton se lamenta de que investigaciones que le cuestan anualmente millones de dólares no pueden ser patentadas internacionalmente porque aparecen otras en el mercado con cierta anticipación.

—Coincidencias —cortó Stadford—. La investigación crece aceleradamente y a la par en los países desarrollados industrialmente. Es lógico pensar que se lleguen a las mismas conclusiones en el Japón o los Estados Unidos en determinada materia de investigación.

—Sí, es cierto, y creo que el capitán Webb opina lo mismo que usted. Mas, hay que dar tranquilidad y sosiego al espíritu del señor Cryton.

Stadford sonrió retador.

—Me temo que va a perder usted todo su tiempo y su dinero. En Los Ángeles no se habla de otra cosa que del ya popular investigador privado que está a punto de ganar un millón si descubre a una importante banda de espías industriales.

—La verdad es que la prensa no me ayuda. En este caso, la publicidad resulta perjudicial.

—Correcto, Adams. Si realmente existen esos espías industriales, cosa que dudo, con la publicidad que le han hecho a usted nadarán a aguas más tranquilas o no les quedará otro remedio que eliminarlo si merodea demasiado cerca de ellos.

—Sí, con la publicidad que me han hecho soy un blanco perfecto. Creo que ninguna aseguradora me inscribiría una póliza de vida, soy un futuro candidato al frigorífico de la Morgue. Sin embargo, existe otra probabilidad, Stadford

—¿Cuál?

—Que se crean lo suficientemente fuertes y astutos para desafiar mi presencia y continúen con sus actividades delictivas.

—Sí, pero todo ello es basándose en la posibilidad de que esa gente exista.

—Eso es lo que yo intentaré probar Stadford y le agradecería que ahora me mostrara el funcionamiento de la seguridad de la factoría, el edificio de investigación, vestuarios, etcétera.

—Sígame.

—Primero, dígame qué controla desde su despacho.

—Todo.

—¿Absolutamente todo?

—Sí. Cuando yo abandono el despacho siempre hay un vigilante, nocturno o diurno, capacitado para hacerse cargo de todos los mandos. Desde aquí, cuando los empleados abandonan la empresa, se quita toda la electricidad que pueda provocar cortocircuitos y solo se deja encendida la de seguridad. Al mismo tiempo, se conecta la barrera de alta tensión que se halla en el muro que rodea la factoría. La puerta que da acceso al edificio de investigación queda cerrada automáticamente y un dispositivo de relojería impide que sea abierta hasta el día siguiente.

—¿Y si hay un siniestro en esa ala del edificio mientras la puerta permanece cerrada?

—Solo el señor Cryton, desde su mansión, puede abrir la puerta y no me pregunte cómo porque lo ignoro. Solo sé que cuando hay un siniestro el señor Cryton debe ser avisado enseguida y a los pocos instantes la puerta se abre automáticamente.

—¿Ha habido algún siniestro con anterioridad?

—No, pero se hacen un par de simulacros anualmente.

—Perfecto, estoy empezando a convencerme de que los inventos de la Cryton están magníficamente protegidos.

—Sígame y verá el resto.

Al salir del despacho de Stadford se encontraron con tres guardias privados con uniforme, placa y revólver en la funda que pendía junto al cinto.

—Morrison, hágase cargo de los controles.

—Sí, señor Stadford —asintió uno de los vigilantes.

—Usted Jackson venga con nosotros y usted Winner monte guardia ante la puerta.

Seguidos del vigilante Jackson, se dirigieron al ala sur del edificio central de la factoría.

Llegaron a una larga y aséptica sala rectangular con tres puertas. La central era de rutilante acero inoxidable y lo suficientemente grande como para permitir el paso de maquinaria de investigación. La de la derecha correspondía a vestuarios masculinos y la de la izquierda a vestuarios femeninos.

—Solo pasando por aquí se puede penetrar en el edificio de

investigación.

—¿No le han puesto algún mote a este edificio? Ya sabe, la gente lo populariza todo.

—Sí, le llaman el arca.

—Supongo que el arca tendrá ventanas.

—Pues no. Es un edificio de los llamados ciegos.

—¿Luz artificial?

—Exacto, como muchos de los grandes almacenes que se estilan actualmente. De este modo no importa que haya sol, sea de noche o de día.

—Ya, mientras haya electricidad no falta luz e imagino que está regulada a la perfección.

—En efecto, igual que el calor. Un termostato regula la temperatura, estén o no trabajando, que oscila entre los dieciocho y veintiún grados. Solo se permiten tres grados de diferencia.

—Pero, por alguna parte entrará el aire que respiran.

—Por canalizaciones apropiadas, protegidas con paredes y rejillas de acero que hacen inútil toda tentativa de penetrar por ellas, aparte de que sus dimensiones no permiten el paso de un hombre. Por otro lado, las canalizaciones de aire poseen una serie de purificadores que absorben toda la polución del aire y lo dejan con una humedad estable del treinta y cinco por ciento.

—Magnífico, todo un invernadero. Creo que el centro de investigación de la NASA va a envidiar sus instalaciones.

—Las conoce perfectamente. Tenga usted en cuenta que la Cryton Corporation provee a la NASA de gran cantidad de elementos electrónicos de precisión. Son bastantes los inventos que una vez patentados por la Cryton constituyen sustanciosos pedidos de la NASA para ser acoplados a sus instalaciones, mejorándolas, y otro tanto ocurre con las factorías que fabrican electrodomésticos tales como televisores, equipos de estereofonía y alta fidelidad, etcétera.

—Magnífico, la Cryton es una industria modelo. Hagamos que sea más perfecta todavía. ¿Qué le parece si seguimos adelante?

—Sí, ahora mismo. Las puertas de la derecha y la izquierda corresponden a vestuarios y la central es una especie de túnel de unos cuarenta pies que conduce a una sala semejante a esta en la que solo se abre una puerta.

—En resumidas cuentas, que el material sale o entra por la puerta central, bien escoltado, y que todas las mujeres u hombres penetran en el edificio por la derecha o la izquierda respectivamente.

—Correcto.

—¿Qué le parece si entramos por el vestuario femenino?

Stadford sonrió.

—Como guste. Después de todo, no va a encontrar a ninguna chica cambiándose. Además, cada cuartito es individual.

—Lo que me hace deducir que se cambian totalmente de ropa.

—Es lo obligatorio.

—Caramba, ¿y dónde vuelven a vestirse?

—En otro cuartito similar. Venga y verá.

Stadford franqueó la puerta que daba acceso a los vestuarios femeninos. Al otro lado de la misma había un largo corredor, no más ancho de dos pasos, en el que aparecían una treintena de puertas, todas en la misma banda.

Una vigilante vestida también de uniforme y no carente de revólver brincó de la silla apresurándose a ocultar la novela policíaca con la que estaba matando el tiempo y su soledad.

—Sin novedad en el vestuario, señor Stadford

Aquella mujer no era fea del todo, pero tan alta como el propio Jackson y muy capaz de llevar una maleta de cien libras de peso en cada mano. Tony Adams supuso que estaría bien entrenada para reducir a cualquier atacante.

—Sharon, abra un par de cuartos, por favor.

La mujer preguntó:

—¿De registro?

—Simple observación. Abra un par de cuartos al azar.

La fémina sacó un manojo de llaves y franqueó dos de los pequeños camerinos individuales.

Los departamentos en cuestión eran idénticos, salvo las marcas de cosméticos que había en el estante bajo el cristal del reducido tocador.

Allí estaban absolutamente todas las prendas que una mujer podía llevar encima, incluido su reloj de pulsera y pendientes.

—¿No se permite pasar nada metálico? —preguntó Adams.

—Absolutamente nada.

—¿Y si alguien tiene muelas de oro?

—El odontólogo de la firma las sustituye por piezas dentarias no metálicas y si en algún caso existe una prótesis metálica implantada dentro del cuerpo, es rigurosamente controlada. No obstante, teniendo en cuenta que el registro diario resulta más duro y molesto, la firma procura que los trabajadores de esta sección carezcan de prótesis metálicas, tanto dentarias como óseas.

—Bien .¿Y una vez se han desvestido?

—Abren esa puerta que hay delante y cruzan en solitario un pasillo de paredes plásticas. Al otro lado del corredor, como usted verá, hay otro camerino semejante a este donde se visten con la ropa que utilizan para su labor en el arca.

—Sí y son muy precisos. Si alguien intenta pasar algo al otro lado del pasillo, suena una alarma y las dos puertas se cierran automáticamente atrapando a quien trate de cometer un atentado contra la compañía.

—Pero pueden producirse accidentes —objetó Adams—. Me refiero a que alguien, descuidadamente, puede llevar algo encima y sonar la alarma.

—Sí, existe ese riesgo pero no es frecuente, ya que cuando uno se desnuda se da cuenta de si lleva o no algo encima. No es como llevar bolsillos, en los que puede quedar arrinconado algún níquel. Naturalmente, si es un descuido...

—¿Lo pasan por alto?

—No, automáticamente el empleado, sea quien fuere, queda despedido. El señor Cryton es muy exigente. Gasta mucho dinero solo en el mantenimiento de este edificio y no tolera errores. Como todos lo saben, observan cuidadosamente las reglas.

La innata curiosidad de Tony Adams le llevó a abrir un bolso femenino, observando la documentación que había en su interior.

—Virginia Donaldson, treinta años, licenciada en física en Pittsburgh, especializada en microscopía electrónica.

—Como verá, toda una científica.

—Una mujer, por muy científica que sea, nunca deja de ser mujer —objetó Adams—. Si no le molesta que husmee un poco más...

—Si luego deja igual las cosas que toque...

—No me diga que ustedes no practican a veces algún registro,

seguros de que no van a ser vistos.

Stadford carraspeó.

Adams extrajo del bolso un folleto impreso a todo color pero de papel barato, una propaganda en la que se veían alegorías zodiacales, unos ojos asiáticos y un «slogan»: «POR EL MÓDICO PRECIO DE CINCO DÓLARES LE PROPORCIONAREMOS DOS HORAS DE FELICIDAD QUE USTED ES INCAPAZ DE OBTENER.» En letras más pequeñas añadía: «123 Boon Street, de cinco a ocho de la tarde.»

—¿Qué le parece, Stadford? Toda una graduada en física y cree en signos zodiacales, predicciones astrales y espiritismo.

—No es de extrañar. Estoy seguro de que un cuarto del total de periódicos vendidos en la Unión es gracias a las predicciones zodiacales y zarandajas por el estilo.

Adams volvió a cerrar el bolso de mano y preguntó:

—¿Podemos pasar ya al otro lado?

—Sí, pero por aquí no, quedaríamos atrapados. Llevamos relojes, plumas estilográficas, etcétera.

—¿No van a registrar este otro camerino? —pregunto la vigilante.

—¿A quién pertenece? —preguntó Stadford mecánicamente.

—A Samantha Brown, la jefe de archivo.

—Ah, sí, una mujer muy hermosa.

—Supongo que nada podría descubrir en los efectos personales de los empleados. No obstante, quizás algún día le pida permiso para hacerle un registro a alguien.

Para traspasar la puerta del arca tuvieron que utilizar un pasadizo situado en el vestuario masculino, advirtiéndolo previamente por el interfono al despacho de control que desconectó los sistemas de detección que hubieran hecho sonar la alarma.

Al fin, penetraron en el arca. Tres pisos de estudios, archivos, complicados aparatos científicos y hombres y mujeres vestidos de blanco.

Tony Adams no entendía demasiado de investigación electrónica, pero le agradaron mucho los grandes ojos rasgados de una de las empleadas en el departamento de archivo que proporcionaba el material a los científicos que lo demandaban.

—¿Se ha convencido ya de la seguridad de la Cryton, Adams?

El detective suspiró.

—Creo que no cabe ninguna duda, el edificio de investigación está totalmente protegido, pero usted, Stadford, mejor que nadie, sabe que un buen espía es capaz de lo que parece imposible.

Con una sonrisa de suficiencia y menosprecio, el calvo Stadford inquirió:

—¿Sigue creyendo que los inventos que se realizan dentro del arca son robados?

—El señor Cryton desea una justificación para esos dos millones de dólares que pierde anualmente en concepto de patentes internacionales.

—Desengañese, Adams, ese millón que usted pide por sus honorarios no es más que una utopía, nunca lo cobrará.

—Parece muy seguro, Stadford

—Segurísimo, por ello me he complacido en mostrarle tan detalladamente todos los sistemas de seguridad que posee la Cryton. No hay forma humana de entrar o sacar nada del arca a menos que sea rigurosamente controlada.

—Se equivoca, Stadford —rebatía Tony Adams. Sacó un papel doblado de su bolsillo que entregó al jefe de seguridad—. Tome, no sé lo que significan los garabatos dibujados aquí, pero pese a su intensa vigilancia, pese a estar usted en todo momento a mi lado y con uno de sus guardianes tras de mí, he sustraído este planejo que ahora le devuelvo.

Los ojos de Stadford brillaron de un modo muy especial y palideció ligeramente. Sin embargo, era un hombre que sabía controlar sus reacciones anímicas mucho mejor que el propio Cryton.

—Ha abusado de las consideraciones que he tenido con usted.

—Oh, no, Stadford, no he abusado de su amabilidad, simplemente he pretendido demostrarle que una simple visita podía llevarse algo del arca.

—Porque ha pasado cuando los detectores estaban desconectados, de lo contrario este plano no hubiera salido del arca. Al igual que todo el papel que se emplea en el centro de investigación, está metalizado

—¿Metalizado?

—Sí. Hay billetes de banco, como la libra esterlina, que dentro

de la celulosa que compone el billete tienen un entrecruzado de filamento. Todo el papel que se emplea dentro del arca es especial. En la pasta de celulosa existe mezclado un polvillo metálico casi invisible.

—Comprendo. Un simple imán se pegaría a una de estas hojas de papel.

—Exacto. Se lo digo para que no se crea que es demasiado listo. Su fanfarronada no le ha servido de nada.

—Eso lo discutiremos en otro momento, Stadford Ahora tengo prisa.

Adams se alejó con paso rápido pero despreocupado.

Pese a sus explicaciones, Stadford hizo una bola con el plano que le había entregado Tony y lo arrojó contra la pared con furia incontrolable.

—Estúpido engreído, no cobrarás ese millón de dólares.

Tras él, Jackson inquirió:

—¿Hay que vigilar algo en especial, señor Stadford?

El jefe de seguridad de la Cryton se volvió hacia su subordinado y repuso enérgico:

—Sí, que ese tipo que ha venido a molestarnos no entre en el arca a menos que yo esté presente. Ciérrenle el paso.

CAPÍTULO III

Samantha Brown aceleró el paso al escuchar el repetido claxon del automóvil que la aguardaba junto a acera, frente al edificio de apartamentos donde vivía. Antes de que llegara al coche, se abrió la portezuela solo tuvo que introducirse, acomodarse en el vehículo y volver a cerrar.

El motor ya estaba en marcha y su amiga Virginia Donaldson soltó el embrague colocando la primera marcha. Arrancó con cierta brusquedad, disolviéndose después en la marea automovilística que rodaba por las frías calles de Los Ángeles.

—Qué prisa tienes Virginia, ni que estuvieras citada con Marlon Brando —observó Samantha.

—Lo que sucede es que en ese lugar estaba prohibido parar y no quería que me multasen los de la patrulla. Gracias a Dios que no me han visto.

—¿A cuántas multas sales por año, Virginia?

Ante la irónica pregunta de Samantha, respondió:

—Veinte o treinta, no sé. Es más difícil conducir en Los Ángeles que manipular un microscopio electrónico. Si los taxistas no cobraran tarifas abusivas por sus careras, creo que llevaría el auto a un almacén de chatarra y esperaría para regocijarme viéndolo convertido en un bloque de hierros retorcidos. Luego, le pondría una cerilla a mi carnet de conducir.

Ambas rieron. Eran amigas y compañeras de trabajo, se llevaban bien, aunque la una destacaba sobre la otra.

Samantha Brown era alta, espigada. Su cabello era rubio natural y lo llevaba suelto y largo. Las piernas bien torneadas sostenían unas caderas redondas pero no excesivamente anchas.

Los grandes ojos rasgados eran de esclera blanco azulada y tenían el azul intenso del cielo nítido en un día primaveral.

Por su parte, Virginia Donaldson era morena. Llevaba el cabello corto, con las puntas hacia fuera, tenía unas cuatro pulgadas menos de estatura que Samantha y era lo que podía llamarse una mujer rellenita. También siete u ocho años más de edad y el estar

divorciada, pues Samantha permanecía soltera, la hacía distinta a su compañera.

Pese a todo, ambas se estimaban y Samantha debía a los buenos oficios de Virginia el haber entrado a trabajar en la Cryton Corporation, donde percibía un sueldo mensual jamás soñado.

—Me parece una tontería acudir a una sesión de esa clase —observó Samantha.

—No seas niña. ¿Qué quieres, estar siempre metida en tu trabajo, sin diversión alguna?

—Las brujerías, las médiums, los cuentos de oriente y otras tonterías por el estilo solo son formas de perder el tiempo.

—No son brujerías, es algo distinto. Es como si te quitaran del cerebro todos los problemas y te dejaran unas sensaciones nuevas. Ya las experimentarás tú misma.

—No me gustan las drogas, Virginia, y parece mentira que tú, con tus conocimientos científicos, te prestes a esas cosas.

—Te juro que no tomo ninguna clase de droga, ni bebo nada, ni me pincho en los brazos. Tú misma puedes ver la vena cefálica en el pliegue de mis codos.

—De todas formas, opino que no deberíamos ir a ese lugar.

—Bah, ¿crees que somos las únicas que vamos a ese consultorio del dios felicidad? No, hay muchas compañeras que acuden a esas sesiones porque lo pasan muy bien.

—Eso son solo trucos para robar el dinero de las incautas como tú, Virginia.

—Bah, por cinco dólares —rio—. Si un estreno de cine ya vale eso. ¿Qué clase de droga podrían darte por ese precio? Tonterías. Ya verás cómo te diviertes.

—Aún no me has contado qué sucede en esas sesiones.

Virginia Donaldson, conduciendo siempre bruscamente con el «Chevrolet», dando sustos a los demás automovilistas con sus maniobras intempestivas, explicó:

—Verás, cuando Yoham empieza a hablarte lo hace con tal suavidad, con tal magnetismo, que le escuchas aunque no quieras y empiezas a relajarte. Es como si el cerebro se te llenara de algodones. Olvidas los problemas que te agobian, que te asfixian durante la jornada. Es como si perdieras el sentido, la conciencia. Luego, te sumerges en una especie de sueño.

—¿Sueño, qué clase de sueños?

Ante la pregunta tan directa de la joven y rubia Samantha, la rellenita Virginia enrojeció.

—Verás, cada cual se introduce en la vida que desea. Si te agrada la velocidad, irás más rápida que nadie, ya me entiendes.

—Sí, sueños, fantasías carentes de base. No, decididamente no me gusta eso. Es como tomar drogas aunque tú digas que no las tomas.

—Vamos, Samantha, no seas niña.

—Creo que mejor será que pares.

—¿Por qué?

—Me apearé del coche. Un par de películas en cualquier cine me divertirán más que tu Yoham.

—¿Al cine? Si después de todo el cine también es fantasía. ¿Y dices que no quieres fantasías fáciles, carentes de realidad?

—Sí, pero en el cine conservas tu propia realidad a la cual puedes aferrarte en cuanto lo deseas. En cambio esos sueños de que me hablas no me gustan. No puede ser bueno dejarse dominar por la imaginación incontrolada.

—Está bien, está bien, no participes tú en la sesión pero al menos acompáñame, no me gusta ir sola.

—¿Con quién fuiste la última vez?

—Con Agnes Sullivan.

—¿Agnes Sullivan la que despidieron de la Cryton?

—Sí, y oí decir que la despidieron porque llevaba encima una agenda al cruzar el pasillo de intercamerinos, ya sabes, donde se controla que no pueda entrar o salir nada del arca.

—Está bien —aceptó de mala gana—, te acompaño, pero solo por no dejarte sola.

Virginia Donaldson sonrió satisfecha.

—Tú eres realmente nueva en la Cryton pero hay varias compañeras que visitan a Yoham de vez en cuando.

—¿Y cuándo es de vez en cuando?

—Cuando están bajas de moral, cuando su chico las ha dejado, cuando ha habido bronca, cuando se está pesimista o cuando se siente una perruna nostalgia por la compañía de un hombre que nos quiera.

—¿Y tú sientes esa nostalgia?

—A veces recuerdo a mi Jones, claro que solo en algún aspecto de los pocos que tenía buenos, porque era violento, déspota, dominante y aficionado a la bebida.

—¿Te divorciaste por la consabida crueldad mental?

—No, por alcoholismo. Fue de mal en peor y se negaba a curarse. Se sentía fracasado, no encontraba empleo. Yo quise brindarle mi ayuda pero a él eso le reventaba y le enfurecía más.

—¿Te llegó a poner la mano encima?

—Sí, un par de veces, y la última de ellas me decidí solicitar el divorcio. No te lo he dicho nunca, pero lo pedí mientras me curaban en la sala de urgencias del hospital central.

—Lo siento.

—No lo sientas, Samantha, después de todo pertenece al pasado. Jones también tenía cosas buenas y esas son las que a veces me gusta recordar. Con ello no hago mal a nadie.

El 123 de Boon Street correspondía a una herboristería oriental en la que podían hallarse toda clase de hierbas aromáticas o curativas, basadas en la ciencia del este asiático.

—Es un poco lúgubre este lugar, ¿no crees, Virginia? —opinó Samantha deteniéndose frente al comercio, sin grandes pretensiones y con escasa luz interior. Esta carencia de luz se advertía más en aquellos instantes en que comenzaba a anochecer en la ciudad.

Un chino vestido a la europea les sonrió generosamente al verlas. Su inclinación de cabeza no fue menos generosa.

—Bienvenidas a esta humilde tienda. ¿En qué puedo servirles, señolitas?

—No queremos comprar potingues. Venimos a la visita de Yoham —se apresuró a decir Virginia Donaldson.

—Yoham las recibirá inmediatamente.

—Esto es muy lúgubre, me da miedo. Yo me marchó —dijo Samantha por lo bajo.

—Aguarda, no seas tonta. Esto no significa nada, dentro de unos momentos verás a Yoham y seguro que te impresiona gratamente.

—Cada vez me siento más a disgusto. Todos estos botes de extraño contenido, esas aletas de tiburón colgadas, fragmentos de cuernos de rinocerontes africanos, algas, esponjas de mar, pieles de serpientes que parecen retorcidas y gusanos. No, no me gusta, me saben a brujería medieval. Solo faltaría que los vampiros volaran

sobre nosotras picoteándonos.

—¿Vampiros? Si los vampiros no picotean, muerden. Recuerda que son mamíferos, querida Samantha.

—Mira, Virginia, parece mentira que con lo científica que tú eres te guste todo esto y me hayas traído a mí hasta aquí.

—Todo esto es solo fachada, dentro es distinto, ya lo verás.

El chino, que había desaparecido tras una cortina, salió haciendo una nueva inclinación de cabeza mientras juntaba sus manos en actitud servil.

—Pueden pasal, señolitas. Glan Yoham espelal.

—Anda, sígueme y no te separes de mí, Samantha.

—No me digas que tú también tienes miedo —se sorprendió la muchacha.

—Siempre me pongo un poco nerviosa, por eso me gusta venir acompañada.

—Y a todo esto, yo pago las consecuencias.

Caminaron por un corredor estrecho, iluminado por unos globos orientales, que difuminaban luz roja.

Al fin quedaron en una sala amplia en el centro de la cual había una especie de trono bajo un gran dosel con una superficie no inferior a los cincuenta pies cuadrados, sostenido por cuatro columnas labradas representando feroces dragones. El sitio estaba montado sobre un entarimado al que se subía con tres peldaños y protegido por unas cortinas blancas de seda. En él había alguien sentado en actitud contemplativa.

Frente al trono, fuera del entarimado, había un gran banco habilitado para cinco personas y tallado en forma de sillones. Todas las tallas buscaban apariencias de dragones feroces y la ornamentación era muy recargada.

De dos vasijas sostenidas por columnas de brillante cobre, también muyafiligranadas, brotaba un humo aromático que inundaba toda la estancia.

Samantha se dijo que aquel olor era agradable, mas no pudo discernir de que tipo de esencia se trataba.

—¿Él es Yoham? —preguntó mirando hacia el ser que quedaba un tanto difuso tras las cortinas que lo protegían.

De alguna parte no visible brotaba luz para iluminar en rojo y verde el conjunto del trono.

—Sí, pero no sé si es él.

—¿Cómo?

—Que si te he de decir la verdad, ignoro si es él o ella.

—No me digas.

—No tiene ni un solo cabello sobre su cabeza. Está más calvo que Yul Brinner.

—Será un hombre.

—Eso me dije yo, pero el timbre de su voz es neutro. Lo mismo puede ser masculino que femenino y su rostro también. Sus manos son delicadas como las nuestras y, sin embargo, tienen fuerza, mucha fuerza.

—¿Y cómo sabes que sus manos son delicadas y fuertes?

—Porque toman las nuestras para tranquilizar nuestro espíritu.

—Virginia, esto cada vez me gusta menos. Creí que la época de las brujerías y de Rasputín había pasado, que ahora vivíamos en la era de los psiquiatras.

—En realidad son psiquiatras con siglos de estudios. Es cierto que recargan un tanto la decoración de sus digamos consultorios, pero eso los hace más emocionantes, ¿no crees?

—Opino que esto es una soberana tontería. Si quieres paz para tu espíritu, acude a un psiquiatra moderno

—Oh, no, ellos carecen de magnetismo en sus miradas, en sus manos. Te tienden en un diván y te piden que les cuentes todas las obscenidades que has hecho de niña, de adolescente, de mayor. Todo lo basan en las Teorías de Freud. Yoham es distinto. Posee poderes extrasensoriales de los que carecen los psiquiatras.

—Hagan el favol de ental, señolitas. Yoham las atendelá enseguida —les dijo el chino que las recibiera.

Las féminas se acomodaron en los recargados asientos frente a aquella especie de trono.

El chino se arrodilló en uno de los escalones delante de Yoham. Tocó con su frente el suelo casi en señal de idolatría y luego se puso en pie. Cruzando los cortinajes de seda blanca, llegó junto al meditabundo Yoham que permanecía con los ojos cerrados.

Le susurró algo al oído. Yoham movió una de sus manos sin abrir los ojos y el chino, con una nueva reverencia y sin darle la espalda en ningún momento, se retiró.

Samantha vio como la puerta por la que habían penetrado a la

sala se cerraba. Por el ruido que hizo, no se trataba de una puerta sencilla, sino recia y consistente.

—Y ese bonzo, ¿cuándo dejará de dormir?

—Vamos Samantha, todo te lo tomas a broma.

—¿Broma? Con razón muchos hombres se oponen progreso de la mujer. Somos tontas dejándonos embaucar por seres como Yoham, por fetiches y otras tonterías.

—Siempre tan escéptica. Habla en voz más baja, Yoham puede molestar.

Alguien debió oprimir un resorte, quizás el propio Yoham, pues los cortinajes frontales se corrieron por sí solos y quedó a la vista de ambas mujeres.

A Samantha Brown la inquietó la intensa mirada de aquel ser. Como había dicho Virginia, era casi imposible discernir si era hombre o mujer. Toda su tez era tersa y amarillo pálida, sus ojos oblicuos y oscuros que una vez abiertos se clavaron en los de ella.

—Bienvenidas, hijas de la luz y las tinieblas, hijas del mar y del fuego. Yoham calma vuestros espíritus, os da la paz que buscáis.

—Solo es mi amiga la que desea tirar cinco dólares —advirtió Samantha en voz alta queriendo dejar bien clara su postura.

—¡Samantha! —exclamó Virginia fulminándola con la mirada.

Yoham no se inmutó pero sí se puso en pie. Samantha pudo ver que iba vestido o vestida, ya que seguía la incógnita del sexo, con una túnica que le llegaba hasta los pies. Era de fina seda negra con bordados en oro representando alegorías incomprensibles para su mente occidental.

Samantha Brown estaba segura de que si le ponían cabello masculino. Yoham parecería un varón, pero si le colocaban una peluca femenina semejaría una mujer. La túnica era amplia y no podía mostrar redondeces propias de hembra, ni siquiera el abultamiento lógico de los senos.

Su rostro era de piel tan tersa que hubiera despertado la envidia de una estrella de Hollywood. Sin embargo, su boca era dura, un trazo bajo la pequeña nariz, quizás una cuchillada.

Mas, no cabía duda de que lo que más destacaba en aquel enigmático personaje eran sus ojos, el poder de la mirada. Samantha se dijo que aquel Yoham sería muy capaz de la hipnosis.

—No importa, hermana sobre la que el sol ha vertido sus

poderosos rayos coloreando de oro tus hermosos cabellos. Yoham no pide nada. ¿Qué son cinco dotares?

—Poca cosa —se apresuró a objetar Virginia Donaldson que se excitaba cada vez más por la situación y la proximidad de Yoham.

Samantha advirtió que el humo blanco y oloroso que invadía la sala brotando de las vasijas, aumentaba.

—El dinero solo sirve para conservar las pequeñas cosas que nos rodean. La ciencia de Yoham no tiene precio y por carecer de él, la ofrezco a quien la precisa, a las almas exhaustas por la asfixiante vida que ofrece la civilización occidental.

—Yo vivo tranquila y no tengo ninguna crisis nerviosa —rebatía Samantha dispuesta a fastidiar a aquella especie de bonzo que no sabía si era mongol, chino, japonés, camboyano, coreano o vietnamita. Solo sabía que era alto, de ojos abrasadores y con la piel del cráneo más lisa y brillante que una manzana californiana.

—Por favor, Samantha.

—No sufras, hermana —pidió Yoham a Virginia—. Quien dice no necesitar paz es quien más falta está de ella.

—Discúlpela, Yoham. La he traído para que me acompañara.

—Y has hecho bien, hermana. Yoham te promete que ella agradecerá que le hayas pedido este favor.

—No lo creo —objetó Samantha—. No me gusta que me embauquen.

Yoham la miró rectamente a los ojos y sonrió. Mas, aquella sonrisa infundió miedo y no paz a Samantha, la cual no pudo evitar estremecerse.

Yoham quedó frente a Virginia.

Estiró sus manos que resultaron tal como Virginia las describiera y apresó su rostro en forma especial. Las yemas de los pulgares sobre las sienes y las de los dedos corazón, combados hacia dentro, en la base de la nuca, introduciéndose por el interior del cabello.

—Hermana, busca la paz en el fondo de mis ojos.

—Sí, Yoham, sí, Yoham —repitió Virginia.

La mirada del oriental se tomó obsesiva. Virginia quedó como extasiada mientras murmuraba algo ininteligible para Samantha.

Samantha vio como Yoham dejaba a Virginia y se acercaba a ella. Las manos suaves pero enérgicas aprisionaron su rostro. Intentó desprenderse de ellas aferrándose a las muñecas de Yoham,

mas aquel ser sonrió y no soltó su rostro.

—Mírame, hermana, mírame a los ojos. Busca la paz en ellos.

No cabía duda de que aquel ser poseía un influjo magnético, un poder nada acostumbrado en el fondo de sus ojos.

Samantha no halló paz sino desasosiego, nerviosismo. Notó que su corazón palpitaba con más fuerza, latidos que Yoham debió controlar gracias a los pulgares que tenía apoyados en sus sienes. Al fin, la soltó y retrocedió quedando un paso frente a las dos mujeres.

—Ahora, buscad en vuestras mentes el paraíso que deseáis. Relajad vuestros aprisionados músculos, vuestros nervios alterados por la prisa y las máquinas de ruidos infernales. Relajad vuestros cuerpos y entregaos al Edén que deseáis, al Edén que Yoham os proporcionará porque yo abriré las puertas del paraíso para vosotras. Viviréis instantes de paz que os harán olvidar el infierno que os rodea diariamente, a cada hora, a cada instante.

Samantha no se sentía muy segura de sí. Observó de reojo a Virginia y vio que sonreía y que su labio inferior caía ligeramente hacia abajo, más de lo normal en ella. Supuso que estaba como alelada.

Yoham se sentó en su trono y extendió las largas manos como pretendiendo electrizarlas con las puntas de sus dedos, como si de ellos fueran a brotar relámpagos. Con voz más ronca, más cavernosa, pidió:

—Relajaos, relajaos. El sueño os invadirá y hallaréis la paz. Relajaos.

Samantha, interiormente, comenzó a decirse:

—«No, no te duermas, no te abandones en manos de este enigmático ser.»

—Vuestro cuerpo descansará y vuestra mente cruzará la barrera del pasado y del futuro, de la gravedad, lo incorpóreo. Volará en un polícromo cielo, Yoham os lo pide.

Samantha escuchó un leve ruido apenas perceptible. Era como si hubieran pinchado un neumático ya muy desinflado y se escapara el aire. No supo qué era, pero miró a Virginia y vio que los párpados se le cerraban.

«No te duermas Samantha, no te duermas.»

Su mente comenzó a llenarse de algodones. En cambio, sus pies semejaban lastrados con plomo y lo mismo ocurrió con los brazos.

Sus manos nerviosas aprisionaron la cabeza de uno de los dragones tallados.

«Samantha, márchate antes de que sea tarde», se dijo.

Intentó levantarse sin conseguirlo. Quiso gritar pero apenas un hilo de voz brotó de su garganta. Su espalda se apoyó en el respaldo y su cabeza comenzó a ladearse como si el cuello fuera incapaz de sostenerla vertical.

Yoham seguía hablando, pronunciando frases solemnes que Samantha no comprendía ya. Le llegaban lejanas, como atravesando un valle oscuro e insondable.

Samantha tuvo la impresión de que aquel ser se le venía encima. Su rostro se hacía cada vez más grande, como si fuera a engullirla. Luego, con un fuerte terror que la dominó, se sumió en la inconsciencia.

Yoham aguardó sentado unos minutos mirando a las dos mujeres dormidas en sus respectivos asientos. Al fin, el débil silbido, como un ligero escape de aire o gas, cesó.

Yoham había quedado protegido en su trono por una cortina de aire puro. Luego, un gran ventilador renovó el aire de la sala y Yoham abandonó su asiento descendiendo hacia sus víctimas.

Se abrió una puerta camuflada en la pared y por ella aparecieron dos hombres que nada tenían de orientales y sí de delincuentes yankis. Uno de ellos portaba un maletín.

Yoham tomó el bolso de Samantha y lo abrió sacando su documentación que leyó en voz alta:

—Samantha Brown, veintidós años de edad, raza blanca. Estudió tres cursos de derecho pero no llegó a graduarse. Actualmente está empleada en el control del archivo secreto de la Cryton Corporation Electronic Systems. Magnífico, es la chica que estábamos esperando, ya que a la anterior tuvimos que eliminarla al ser despedida de la Cryton. Seguiremos controlando los inventos de esa industria como los de las otras que tenemos intervenidas con nuestro sistema de espionaje industrial que tan buenos resultados está dando.

—Si seguimos controlando la Cryton, serán cinco las empresas que controlemos. Mientras sus departamentos de investigación siguen adelante, nosotros podemos ir vendiendo sus inventos aunque no estén totalmente terminados.

—Cuando el *boss* me contrató haciéndome venir a los Estados

Unidos, creí que sería más difícil, pese a haberme preparado concienzudamente en Japón para el espionaje industrial. Por supuesto, este sistema del embaucamiento de mujeres no lo había utilizado antes, pero está dando unos resultados óptimos.

—El boss sabe lo que se hace —dijo el sujeto del maletín que estaba abriéndolo en aquel instante—. Lo malo es que ni siquiera nosotros sabemos quién es él.

Con una enigmática sonrisa, Yoham siseó:

—Sabe protegerse muy bien. Si alguna vez caemos en alguna redada, él continuará libre y nuevamente volverá a formar un equipo. Quizás implante otro sistema, pero él seguirá subsistiendo.

—Nosotros no le fallaremos —arguyó el que estaba en pie.

—Eso espero, Graff, pese a ese investigador privado que ha salido en los periódicos diciendo que iba a ganar un millón de dólares descubriéndonos.

—¿Y tú qué opinas, René? —preguntó Graff a su compañero que había llenado una jeringuilla hipodérmica.

—Que no habrá quien pueda con nosotros. Ahora, Yoham, ¿a cuál inyecto?

—Solo a Virginia. A ella la seguiremos inyectando cuantas veces venga aquí como si nada ocurriera. No debe averiguar que la dormimos primero con gas y le inyectamos luego droga para que obtenga el máximo de placer en sus sueños.

—Bien, lo haré cuanto antes, ya que el afecto del gas somnífero solo dura cinco minutos.

El tal René quitó el zapato a Virginia. El oriental, que continuaba sin definir su sexo, recomendó:

—Haz el pinchazo con cuidado, no vaya a advertirlo luego.

—En el talón no lo notará, sería distinto si la inyectara en el brazo.

—¿Llevamos a esa preciosidad abajo? —preguntó Graff.

—Sí y antes de que despierte debe estar todo montado. No debe notar ni recordar nada después.

La aguja hipodérmica se hundió en la vena que asomaba en el talón de Virginia. El alucinógeno sexual pasó lentamente a la sangre de la mujer.

—Cuando terminemos con la rubia, le inyectaras también el alucinógeno, y cuando se le pase el «viaje» solo recordará los

sensuales sueños que haya tenido. De lo que suceda abajo no recordará nada.

Graff caminó hasta la pared e introdujo la mano en un jarrón sin peculiaridad alguna. Debió oprimir algún resorte, pues todo el entarimado con dosel y trono incluido, giró sobre su eje que debía estar colocado bajo una de las columnas que sostenían el dosel.

Apareció una escalera descendente que conducía a un sótano bien iluminado.

Graff tomó el cuerpo inconsciente de Samantha y se lo cargó sobre el hombro.

Yoham advirtió:

—Cuidado, no le dejes la más mínima señal en su cuerpo. No debe enterarse de que vamos a acondicionarla para que trabaje para nosotros, no debe saberlo o nuestro plan fracasaría. Ya sabes que el *boss* no perdona ningún fallo .

—Sí, no me olvido de Louis que apareció con un balazo en la nuca por su torpeza —dijo Graff mientras comenzaba a bajar hacia el subterráneo con su bella carga sobre el hombro.

—¡Yoham! —exclamó René de súbito.

—¿Qué sucede?

—¡Esta mujer! —y señaló a Virginia.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Está muerta!

—No es posible...

—Compruébalo.

Yoham se inclinó auscultando el corazón de Virginia Donaldson. Luego, le abrió los ojos con sus pulgares y tomó la muñeca con sus manos hábiles y de gran sensibilidad.

—Maldita sea, ha muerto, estúpida mujer —masculló irritado.

—Debía tener el corazón algo delicado y con el somnífero primero en forma de gas y luego la droga, no lo ha resistido.

—Pues hasta hoy lo había resistido siempre —se lamentó Yoham.

—Algún día tenía que reventar. Veremos que dice el *boss* de esto.

—Yo se lo comunicaré, pero tú René ya sabes qué hacer con el cadáver de esa mujer. Afuera tiene su coche, es un «Chevrolet», ya lo conocerás por otras veces que ha venido.

—Sí, pero este asunto no me gusta.

—Al *boss* tampoco va a gustarle, claro que cuando se juega fuerte se corren estos riesgos. Después de todo, no es la primera víctima en este negocio, ni será la última. Llévatela, yo no puedo perder más tiempo. La otra puede despertar de un momento a otro y debe estar todo preparado para su primera sesión de interrogatorio con anulación de la voluntad por suero pentotal y condicionamiento psicoelectrónico.

—Está bien, ya me encargaré de este cadáver, por lo menos que no pase nada con la otra. No quiero que el *boss* me agujeree la nuca como a Louis por una torpeza que luego no tenga remedio.

René se cargó el cuerpo de Virginia a la espalda y Yoham descendió al sótano mientras el entarimado, con dosel y sillón incluido, volvía a su posición inicial. Ya nadie iba a estorbarles ni a interrumpir su estudiado trabajo sobre la mente de Samantha Brown.

CAPÍTULO IV

Al recibir la herencia de la renta del millón de dólares, Tony Adams Limber había cambiado su vetusto «Ford» por un «Porsche-79» color verde oscuro. Era un coche deportivo y caro, solo apto para economías fuertes, pero su elevada renta vitalicia le había permitido comprarlo a plazos con gran sonrisa del vendedor.

Adams se había dicho que sería bueno dar una vuelta por la calle Boon y visitar el antro del tal Yoham, bonzo oriental, espiritista o practicante del yoga, ¿qué importaba? Un embaucador más que sacaba dinero de las personas débiles de espíritu.

Su experiencia profesional le había hecho comprender que tras aquellos consejeros, santones, exorcistas y espiritistas, se ocultaban explotadores de la buena fe del prójimo, de la superstición de la masa.

Era ya bastante tarde, seguramente no hallaría al tal Yoham en plena recepción de incautos, pero podría verlo a solas y si no lo encontraba, daría un vistazo a su antro sin que nadie lo viera a él.

El poderoso «Porsche» biplaza se introdujo por la calleja. Adams cuidó de que el motor no roncara excesivamente llamando la atención. Prefería pasar desapercibido en aquellos instantes.

Puso la luz corta y se pegó a la acera. Luego, buscó un hueco y aparcó suavemente apagando los faros.

Extrajo un cigarrillo de su bolsillo y observó de lejos la herboristería oriental, ahora carente de luz. Parecía cerrada. Era ya noche avanzada, faltaría una media hora para llegar a las doce.

La pequeña y vacilante llama ardió dentro del deportivo y la punta del pitillo quedó encendida. De pronto, su entrecejo se frunció y sus pupilas galena se achicaron.

Por la puerta de aquella nada atrayente y sí misteriosa herboristería, salió una mujer alta, espigada, de cabellos dorados y grandes ojos que Adams recordó inmediatamente.

«Si es la chica que vi en el archivo del arca...»

Samantha Brown no estaba muy segura de lo que veía. Todo oscilaba ante sus ojos y sus primeros pasos en la calle resultaron

vacilantes, torpes. Hubo de apoyarse con su hombro contra la pared para mantener el equilibrio.

No acertaba a explicarse lo que le ocurría. La sangre circulaba más rápida y ardiente por sus venas. Las mejillas le quemaban y sentía un escozor en los ojos como si los estuviera aproximando a la abertura de un homo a alta temperatura.

Hubiera jurado que tenía una fortísima jaqueca y sin embargo, una nube de algodones ardientes rellenaba su mente en la que una voz grave repetía de forma insistente y monótona: «Confía en Yoham, busca a Yoham, visita a Yoham.»

De súbito, sus oídos dejaron de ver la semioscuridad que tenía delante para sumirse por breves instantes en los sueños provocados por la droga que recorría su cuerpo desde los pies a las raíces de sus cabellos. Tuvo que apoyarse en la pared mientras reía desafortadamente. Luego, como despertando, se sonrojó violentamente.

—Dios mío, ¿qué es todo esto? No comprendo nada. Es horrible.

De pronto sintió miedo, un miedo feroz a la oscuridad, a la calle, a sí misma. Echó a correr recuperando parte de sus fuerzas.

Había corrido unas cincuenta yardas cuando se abrió la portezuela del «Porsche» deportivo color verde. Un rostro masculino preguntó:

—¿Le sucede algo?

Ella se detuvo. Miró al hombre cuya cara se distorsionó ligeramente ante ella. Haciendo un esfuerzo, logró reconocerle pese a la escasa luz que les rodeaba.

—¡El detective del millón!

—Yo también te conozco a ti. Sé que trabajas en la Cryton, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Samantha notando de pronto que el dolor volvía a abrasar cada pulgada de su piel.

—Sube al coche y te llevaré a donde quieras.

Las aletas de la nariz femenina se movieron en busca de más cantidad de oxígeno. Se introdujo en el coche y antes de que este se pusiera en marcha y con gran sorpresa por parte del hombre, le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó en los labios con un ardor febril.

—Calma, calma —pidió Adams.

Ella ronroneó junto a su oído:

—Llévame a tu apartamento. Me gustas detective, me gustas.

—Con que me llames Tony, basta, pero si no te despegas un poco de mí no podré poner el coche en marcha.

Samantha protestó con un mohín y el automóvil se apartó del bordillo rodando lentamente para abandonar la calle Boon e ir en busca del barrio lujoso de ciudad Los Ángeles.

Samantha Brown, con los ojos entornados apoyó su cabeza sobre el hombro masculino sintiéndose muy a gusto en aquella posición.

—¿Cómo te llamas? —preguntó conduciendo con calma, deseando saber algo de aquella belleza femenina que se mostraba tan ardiente.

—Samantha.

—¿Brown?

—Sí —afirmó con un tenue suspiro.

Tony Adams había recordado inmediatamente el nombre que le dijeron en los vestuarios de la Cryton. Realmente, no había esperado encontrar a Samantha Brown sino a Virginia Donaldson en el consultorio de tal Yoham, debido al folleto que descubriera en su bolso de mano.

—¿Has ido a ver a Yoham?

—Sí —respondió sin abrir los ojos y acariciando con su mano el brazo y hombro de Tony.

—¿Y qué te ha dicho?

—No lo sé, no me acuerdo.

—¿Te ha dado algo a tomar?

—No recuerdo nada, solo sé que me gustas.

Samantha se inclinó sobre el hombre buscando su boca para besarla de nuevo.

Tony Adams estuvo a punto de perder totalmente el control del automóvil, el cual se salió de la calzada subiendo a la acera un tramo. Chirriaban los neumáticos Samantha, en su febril deseo de dar y recibir amor, le impedía ver a través del parabrisas.

—¡Calma, calma! —pidió mientras otros automovilistas que rodaban por aquella avenida tocaban sus cláxones llamándoles la atención.

—Como tú quieras, amor, pero llévame pronto a tu apartamento. Me gustas, me gustas como jamás nadie me ha

gustado...

Tony lanzó un suspiro de alivio al verse rodando suevo por el centro de la calzada. Miró de reojo a la chica y vio sus mejillas encendidas. Se había agarrado a su brazo e iba a ser muy difícil que lo soltara.

—¿Por qué has ido a ver a Yoham? —preguntó tratando de distraerla en otros aspectos que no fueran amor, del que parecía estar más que sobrada.

—No sé, creo que Virginia me llevó a verlo.

—¿Virginia Donaldson?

—Sí. Tú lo sabes todo, Tony, todo, y yo te quiero.

Ante la efusión alarmante de la joven, la contuvo.

—Sí, sí, pero yo solo sé que se llama Virginia Donaldson, nada más. Por cierto, ¿dónde está ella?

—Lo ignoro.

—Pero, ¿ha entrado contigo a la herboristería esa donde recibe Yoham?

—Sí.

—¿Y no habéis salido juntas?

—Al despertar yo, me han dicho que Virginia hacía rato que se había marchado con su coche. Me ha dejado sola porque yo he dormido más.

—¿Dormido?

—Sí, he tenido pesadillas, muchas pesadillas. Luces, fuego, no sé, muchas cosas, pero solo sé que me gustas.

—Sí, sí, claro, te gusto, pero tranquila, ya estamos llegando a mi apartamento.

Adams detuvo el «Porsche» en el garaje subterráneo particular del edificio de apartamentos donde habitaba. En el propio garaje tomaron el ascensor subiendo hasta el último piso. Samantha Brown no se despegaba de él y le prodigaba cuantos besos podía.

Introdujo el llavín en la puerta del apartamento. Al abrir la luz, quedó detenido en el umbral, molesto y sorprendido a la vez.

—Scilla Webb.

En el sofá de la sala del lujoso apartamento se hallaba la esposa del capitán Webb, ayudante del *sheriff* Farrow. Fumaba un cigarrillo, tenía un vaso en la mano y lucía un vestido muy provocativo.

Scilla Webb era mayor que Samantha, pero no dejaba de ser muy atractiva.

—Hola, Tony. Veo que te traes compañía femenina Empezaba a pensar que ya no querías nada con nosotras las mujeres.

—Señora Webb, ¿sería mucho preguntarle como ha entrado en mi apartamento?

—¿Quién es ella, Tony? —inquirió Samantha con voz ronroneante mientras le besaba el cuello sin que él pudiera impedirlo.

—¿Qué importa eso? Después de todo, cuando se tiene un esposo policía se puede saber cómo utilizar le ganzúas y mi marido tiene una bonita colección de ellas.

—Imagino entonces que en estos instantes faltarán algunas de esas ganzúas de su colección.

—¿Te molesta?

—Señora Webb, he tenido mucho gusto en verla por mi apartamento, pero ahora márchese, se lo ruego.

—No me dirás que me rechazas por quedarte con ella, ¿verdad? —sonrió despreciativa y agregó lacerante—. ¿En qué calle la has encontrado?

—¡Eh, no tiene por qué llamarme eso! —protestó Samantha sin demasiada energía y sin soltar el brazo de Tony—. Él es mío, yo lo he visto antes.

—Por favor, señora Webb, no haga que lo repita. Lárguese y dele recuerdos al capitán Webb de mi parte

Toda la calma que había conservado hasta aquel instante la rechazada Scilla Webb, se derrumbó. Respiró profundamente, tomó el abrigo de verano con el que había cubierto su provocativo vestido y se dirigió a la puerta.

—A mí no me desprecia nadie, detectivillo del millón y menos por una prostituta.

—¡Eh, que le arañó la cara —gritó Samantha.

Tony Adams la contuvo.

—Vamos, señora Webb, no organice un escándalo. La principal perjudicada sería usted.

—Te acordarás de mí, Tony Adams.

—¿Es una amenaza, señora Webb?

—No le hagas caso, Tony —pidió Samantha—. Se siente

frustrada, se ve a la legua que su marido no la satisface todo lo que ella desea. Es una de esas aburridas de la alta sociedad.

Scilla Webb, irritada, soltó una obscenidad impropia de su cultura y taconeando fuerte se dirigió al ascensor. Antes de que llegara a él, Tony cerró la puerta del apartamento aislándose del exterior.

—Bien encanto, ahora ponte cómoda; yo tengo algo que hacer.

Abandonó a Samantha en la amplia y moderna sala del apartamento desde cuyas vidrieras se divisaban las luces de la gran ciudad debido a la considerable altura en que se hallaban.

Cuando regresó unos minutos más tarde, no encontró a la joven en la sala.

—¿Samantha!

—Cariño, te estoy esperando —respondió ella.

Retrocedió hacia la alcoba que se hallaba a oscuras y encendió la luz. Descubrió a la hermosa chica de los cabellos rubios y pupilas azules tendida sobre la colcha del lecho.

—Samantha —suspiró Tony.

Ella le tendió los brazos. Él se acercó y le pasó un brazo por detrás de la espalda y el otro por las corvas, alzándola en el aire. Samantha le enlazó el cuello con sus brazos desnudos y lo besó por enésima vez aquella noche.

Tony Adams dio media vuelta. Se introdujo en el cuarto de baño y ante la sorpresa de ella, la depositó dentro de la bañera llena de agua.

—¡Tonyyyyyy!

No hubiera gritado más fuerte de descubrir a un par de ratones junto a sus pies.

El agua de la bañera no estaba fría sino helada, ya que Tony Adams había vertido previamente varias bandejas de cubitos de hielo, sacados de la nevera, para aumentar su frialdad.

Samantha Brown chapoteó tratando de salir del baño como si se tratara de un gato.

Tony la sujetó por los hombros y la sumergió totalmente como si pretendiera ahogarla. Inmediatamente, dejó salir la cabeza resoplante y asustada.

—Vamos Samantha, quédate unos minutos dentro del agua y luego te sentirás mejor.

La mujer abrió sus ojos, ahora más claros que nunca, pues habían perdido el tinte sonrosado que antes tuvieran.

—¡No me toque!

Él carraspeó.

—Creo que el agua y el hielo han comenzado a surtir efecto. Samantha, estaré en la salita. Por ahí encontrarás alguna bata para cuando salgas del baño.

Samantha se apresuró a tirar de las cortinas de plástico para que él no la viera, ya que la ropa empapada se había pegado a su piel.

Tony pasó a la salita y allí se preparó un whisky. Tomó los periódicos del día y comenzó a releerlos mientras fumaba un cigarrillo y tomaba su whisky casi con indiferencia.

Transcurrieron los minutos. Al fin, escuchó una voz junto a él.

—Creo que me he portado como una loca.

Desvió la mirada. Samantha Brown había caminado descalza sobre la alfombra que cubría totalmente el apartamento.

El cabello rubio caía ahora mojado sobre los hombros cubiertos por la bata masculina que le caía enormemente larga. Su rostro ya no era el mismo de antes.

La expresión era más sensata, más equilibrada.

—Bien, Samantha, parece que ya ha pasado la crisis. Me alegro de ello y disculpa por la broma de la bañera.

—¿Disculparle? Debo estarle agradecida

—Antes me tuteabas. ¿Por qué no seguir haciéndolo ahora?

—Es que me siento terriblemente ridícula. Creo que debo vestirme cuanto antes y marcharme de este apartamento. Ahora recuerdo todas las cosas que me ha llamado la mujer que había aquí. ¿Era su amante?

—¿Mi amante? Oh, no —rio él—. Ella sí quisiera serlo, pero no te preocupes. Anda, siéntate y fúmate un cigarrillo. Estas no son las horas idóneas para regresar a tu domicilio, a menos que te espere alguien.

—No me espera nadie, vivo sola.

—Magnífico, así no extrañarán tu ausencia.

Ella tomó el cigarrillo. Antes de llevárselo a los labios, suspiró mientras se dejaba caer sentada en una de las mullidas butacas.

—Todo esto es absurdo. ¿Me das un poco de whisky? Siento frío, estoy helada hasta el tuétano.

—No, lo siento, no puedo darte whisky.

Ella lo miró primero perpleja y luego burlona.

—¿Por qué, acaso crees que soy una menor?

—Sé que no eres una menor, pero el alcohol, mezclado con una droga, puede ser muy perjudicial y hasta mortal si me apuras. El cuerpo no es una caldera de acero inoxidable, y si se le mezclan ciertos productos estalla con más facilidad de lo que mucha gente cree.

—Hablas de drogas, pero yo no he tomado ninguna.

—¿Ah, no? ¿A qué crees se debe entonces tu comportamiento anterior, ese comportamiento que tú has calificado de absurdo?

—Bueno, admito que mi comportamiento era... —sus mejillas enrojecieron súbitamente al recordar muchas de las cosas sucedidas e imaginadas.

Tony se inclinó con la llama de su mechero dispuesta para encender el cigarrillo de Samantha. Luego observó:

—Tu actitud solo es explicable a través de los efectos nefastos de un alucinógeno sexual.

Ella no respondió hasta que hubo desalojado la primera bocanada de humo de sus pulmones.

—Sí, es lógico pensar eso. En mi sano juicio jamás me habría comportado como lo he hecho —tornó a sonrojarse—. Pero, que yo sepa, no he tomado droga alguna, jamás lo haría.

—Lo creo, pero ese tipo, el embaucador Yoham, quizá te la ha administrado sin que tú lo recuerdes.

—No, solo recuerdo que Virginia se empeñó en ir a visitarle, en que le acompañara.

—¿Y qué ocurrió?

Samantha le explicó lo ocurrido hasta perder el conocimiento. Luego prosiguió:

—Me hundí en una terrible oscuridad, aún no sé por qué. No creí que aquel ser, pese a sus poderosos ojos, llegara a hipnotizarme.

—Le llamas ser, ¿por qué?

—Porque no sé si es hombre o mujer. Virginia lo había visitado en anteriores ocasiones y tampoco lo sabía.

—Es muy interesante, continúa tu relato.

—Poco hay que contar más. Perdí el sentido y luego tuve

horribles pesadillas. Después... —se ruborizó una vez más—. Bueno, mejor que no cuente lo que empecé a soñar.

—Sería cuando comenzó a surtir efecto la droga. Sigue.

—Desperté pero me sentía distinta, no era la misma. Toda mi piel ardía. Tenía como fiebre y no caminaba muy segura, las cosas se distorsionaban ante mí. Pregunté por Virginia pero me dijeron que había despertado con anterioridad y se había marchado. Eso me disgustó, porque yo no había llevado coche.

—¿A qué hora entraste en esa herboristería?

—No sé, no faltaría mucho para las ocho de la tarde

—¿Y cuánto crees que has permanecido en ese antro?

—No sé, quizá media hora.

—Siento contradecirte. Has estado más de tres horas y en ese estado de inconsciencia, han podido hacer muchas cosas contigo.

—¡Dios mío! ¿Qué tratas de decirme? —y tragó saliva.

—No temas, no creo que hayan abusado de ti en ciertos aspectos. Ahora, muéstrame los pliegues de tus codos.

Ella, perpleja, obedeció.

—¿Buscas algo?

—Sí, un pinchazo. Lo más lógico es que estando inconsciente te hayan inyectado la droga con aguja hipodérmica.

—Pues ya ves, no hay rastro de pinchazo alguno.

—El brazo no es el único lugar donde puede inyectarse en una vena. Yo volveré la cabeza, prometo no mirar y tú busca en tu cuerpo la señal de un pinchazo.

Tony Adams giró su rostro y ella abrió la bata en busca del vestigio del nefasto pinchazo.

—Ya puedes volverte, no he hallado ninguna señal.

Él se volvió, pensativo.

—Qué raro —se fijó en las piernas cruzadas de Samantha, uno de cuyos pies quedaba al aire—. ¿Y esa marquita apenas visible de tu talón, la tenías con anterioridad?

Ella buscó la huella, palpándola.

—Pues no, no la había visto antes. No es lógico que la tenga.

—No cabe duda, utilizan la vena del talón para inyectar. De este modo, sus víctimas no se percatan de lo sucedido y creen que todo se debe al gran poder hipnótico de Yoham.

—Pero yo no recuerdo nada. Perdí el sentido y nadie se había

acercado a mí.

—Me has dicho que escuchaste como el reventón de un neumático, mejor dicho, como si una rueda estuviera perdiendo aire.

—Sí, eso es cierto.

—Eso puede significar que os narcotizaron con gas y luego, cuando os hallabais inconscientes, os inyectaron.

—¿Con qué objeto? Si solo se pagan cinco dólares.

—Yo me encargaré de averiguarlo, encanto.

—¿Y por qué tú?

Él sonrió evasivo y preguntó:

—¿Qué empleo tienes en la Cryton?

—Estoy encargada del archivo del departamento de investigación.

—¿Me equivoco al pensar que hace poco tiempo que trabajas en la Cryton?

—Pues no, no hace muchos meses.

—¿Quién ocupaba tu puesto con anterioridad?

—Creo que se llamaba Agnes Sullivan.

—¿Ya no trabaja en la Cryton la tal Agnes?

—No, la despidieron.

—¿Motivos?

—Según me han contado, pues yo no trabajaba aún en la Cryton, sonó la alarma en el corredor de su camerino. Dicen que estaba pasando una agenda y como las reglas del departamento de investigación son tan severas, fue despedida en el acto.

—Una severidad admirable. Ahora dime la dirección de Virginia. Creo que esta noche todavía es joven para mí.

—¿Por qué quieres saber dónde vive?

—Quizá se halle en dificultades como tú.

—Comprendo —le dio las señas inmediatamente.

Tony se puso en pie y señalando la cama dijo:

—Acuéstate, el descanso es lo que mejor te irá. El efecto de la droga pasará por sí solo y mañana te encontrarás como nueva.

—Pero ¿he de dormir en tu cama?

—Sí. No temas, no volveré por esta noche. Nadie te molestará si pones el seguro de la puerta, no sea cosa que la mujer que hemos encontrado antes en el apartamento regrese con sus ganzúas.

CAPÍTULO V

El conserje de aquel edificio de apartamentos de segunda categoría, alisó las páginas del periódico sobre el mostrador.

En primera plana, grandes fotografías sobre la victoria de los «yankees» en el Madison Square Garden de Nueva York. Las noticias del Vietnam ya estaban relegadas a la segunda hoja.

—¿Vive aquí Agnes Sullivan?

El empleado alzó la mirada, pero antes de tropezarse con el rostro de su interlocutor vio un billete de banco que se apresuró a coger y guardar en su bolsillo.

—Vivía. ¿Qué más quiere saber, míster?

—¿Por qué no vive ya, acaso no paga la renta?

—Murió.

—¿Cómo?

—¿Es que no lo sabía usted que es amigo suyo?

Tony Adams alargó otro billete.

—Quien hace las preguntas soy yo.

—O.K. —se guardó el billete junto con el otro.

—¿Cuándo murió?

—Hará un par o tres de meses. Una lástima de chica, era linda de veras, pero ya se sabe, los accidentes de automóvil no respetan a nadie.

—¿Se estrelló con su coche?

—Eso parece. La policía estuvo aquí y yo les dije que se llevaran todas sus cosas. El propietario quería rentar su apartamento de nuevo.

—¿Y se lo llevó todo la policía?

—Sí. ¿Tenía interés por algo?

—Yo era amigo suyo desde hacía tiempo. Querría ver sus cosas, pero ya que la policía lo tiene todo, lo mejor que puedo hacer es ir a preguntar a la propia policía.

—Pua, no me diga que es amigo de los polizontes.

—Algo de eso hay. Por cierto, los conserjes de estos edificios de apartamentos acaban enterándose de muchas cosas.

—Puede ser, pero por lo que me ha dado ya he hablado suficiente.

Tony miró al cínico empleado. Extrajo otro billete este de valor más elevado, y se lo mostró. Cuando el conserje intentó cogérselo de la mano, lo escamoteó hábilmente.

—Se lo daré al final si me convence lo que me ha contado, no antes.

—Está bien —aceptó el sujeto sin apartar sus ojos del billete—. La chica trabajaba en una gran factoría, en la Cryton Electronic o algo así.

—Siga.

—Algunas noches regresaba tarde y como ebria, creo que se drogaba. Incluso, a veces se traía consigo a alguien al que no cesaba de besar. Le juro que no parecía la misma.

—¿Le propuso a usted que subiera a su apartamento?

El conserje se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabe, se lo dijo ella?

—Intuición que uno tiene. Es usted un tipo feo, amigo, pero quizá tenga gancho con las chicas —se burló—. Continúe, me interesa lo que está diciendo.

—Pues yo...

—¿Subió o no subió?

—Sí.

—Es usted un puerco, amigo.

—¿Qué?

—Siga o se queda sin su billete.

El conserje carraspeó y plegó sus agallas.

—Al día siguiente me miró como si nada hubiera sucedido. Era totalmente distinta, como esas mujeres que salen en algunas películas, tienen desdoble de personalidad. Bueno, este no se lo cuente a los polizontes, no quiero meterme en líos.

—¿Líos, por qué si murió de accidente?

—Es que dicen que se suicidó, que no fue un accidente y si efectivamente tomaba drogas no me extraña que se estrellara contra otro coche en dirección contraria.

—Muy interesante. ¿Dijo algo más la policía?

—No.

—¿Recuerda a algún amigo en especial?

—No, pero ahora que pienso en ello, la noche en que ocurrió la muerte de Agnes Sullivan pasó por aquí un tipo extraño, muy extraño.

—¿Oriental?

—Sí, y pese a llevar sombrero hubiera jurado que era totalmente calvo.

—¿Qué ocurrió con él?

—Me dijo que iba a ver a una amiga en el doscientos cuatro.

—¿Y qué?

—Pues que en el doscientos cuatro solo vive un soltero. Caí en la cuenta cuando él ya había tomado el ascensor. Llamé al doscientos cuatro pero no respondió nadie. Me encogí de hombros.

—¿En qué número vivía Agnes Sullivan?

—En el doscientos dos.

—El uno junto al otro. ¿Lo vio salir del edificio?

—No, no lo vi y no me pregunte si llamé a la policía porque no lo hice. En este edificio vive gente rara y cada cual tiene sus problemas y amistades excéntricas, máxime en este tiempo en que hay tantos haraganes y vagos que se hacen llamar *hippies*. Una vez telefoneé y luego me metí en líos, no quiero que...

Adams le interrumpió preguntando:

—¿Podría reconocer a ese tipo oriental si volviera a verlo?

—Sí, seguro. Era demasiado raro para poder confundirlo con otro.

—Tome, se ha ganado su billete.

—Gracias, míster. Da gusto hablar con usted.

Tony Adams abandonó el edificio saliendo a la calle El día nacía sobre la populosa ciudad de Los Ángeles, la más grande de la costa oeste, la que quizá tuviera el parque automovilístico más denso del orbe, la ciudad que amamantaba a Hollywood.

Pasó un furgón rápido. En pie en la parte posterior, un hombre vestido de azul cogió un abultado paquete de periódicos que arrojó a la acera.

Inmediatamente rotó del *snak* un muchacho que recogió el paquete. Cortó sus ligaduras y comenzó a vocear la última edición, leyendo apenas el encabezamiento de los grandes titulares.

—«*Boy-scouts* arriesgan su vida para sacar el cadáver de una mujer del interior de un coche ardiendo, *boy-sccuts* arriesgan su

vida...!»

—Muchacho, un periódico, por favor.

—Tome, señor, el primero de la edición matutina, son diez centavos.

Adams le dio tres níqueles y el vendedor se apresuró a dar las gracias por los cinco centavos de propina.

Adams leyó la primera página del matutino donde se insertaba la noticia de la noche.

«*BOY-SCOUTS* ACAMPADOS EN LAS CERCANÍAS DE SANTA MÓNICA, EN EL FONDO DE UNA BARRANCA JUNTO A UN ARROYUELO, VIERON COMO UN AUTOMÓVIL SE DESPEÑADA SALIÉNDOSE DE LA CARRETERA. EL COCHE DIO VUELTAS DE CAMPANA Y ELLOS, AL MANDO DE SU JEFE, UN MUCHACHO DE QUINCE AÑOS, CORRIERON EN AUXILIO DEL ACCIDENTADO QUE RESULTÓ SER VIRGINIA DONALDSON, CIENTÍFICA GRADUADA EN LA UNIVERSIDAD DE PITTSBURGH Y DE TREINTA AÑOS DE EDAD. EL AUTOMÓVIL, YA DETENIDO, COMENZÓ A INCENDIARSE YA MUY DESTROZADO. EL CARBURANTE ESCAPABA A CHORRO, LO QUE HACÍA MÁS PELIGROSA LA SITUACIÓN. SIN EMBARGO, LOS MUCHACHOS SE ARRIESGARON A ABRIR UNA DE LAS PORTEZUELAS SACANDO DEL INTERIOR DEL VEHÍCULO A SU ÚNICA OCUPANTE. LUEGO, EL COCHE ESTALLÓ Y UNO DE LOS MUCHACHOS SUFRE QUEMADURAS LEVES. CUANDO FUE AVISADA LA PATRULLA DE VIGILANCIA EN CARRETERA SE COMPROBÓ QUE LA INFORTUNADA VIRGINIA DONALDSON HABÍA FALLECIDO. UNA ACCIÓN BENEMÉRITA Y ARRIESGADA DE UNOS *BOY-SCOUTS* QUE NO HALLÓ EL FRUTO APETECIDO, NO POR SU CULPA, SINO QUIZÁ POR LA MALA CONDUCCIÓN DE UNA MUJER QUE HALLÓ LA MUERTE EN EL ACCIDENTE.»

Tony Adams quedó ceñudo. Hizo un pliegue con el periódico y fue en busca de su auto.

El deportivo «Porsche» rodó rápido y seguro gracias a la habilidad natural para conducir que poseía Adams. Al fin, se detuvo frente al edificio de la Morgue.

—¿Qué desea? —le preguntó el encargado de recepción.

—Una identificación. Una mujer acaba de morir esta noche en un accidente de carretera cerca de Santa Mónica. Supongo que ya ha sido trasladada a este edificio, pues por lo que dice el periódico, el accidente ocurrió a primeras horas de la noche.

—Ah, sí, la mujer que los *boy-scouts* trataron de salvar.

—Sí, Virginia. Donaldson.

—¿Familiar suya?

—Solo amiga —comenzó a caminar antes de que le hicieran más preguntas—. ¿Le han hecho ya la autopsia? —inquirió por su parte.

—No, todavía no. Seguramente se la harán por la tarde.

Fue conducido a la sala de los armarios frigoríficos. El empleado buscó en el fichero y este le dio la clave.

El cajón fue estirado un par de metros, apareciendo el cadáver de Virginia Donaldson, ya desnudo y preparado para la autopsia, cubierto por una sábana.

—Eh, ¿qué hace usted? La cabeza está aquí arriba —dijo el empleado.

—Sí, ya lo sé, pero prefiero verle el pie —replicó ante la perplejidad de aquel hombre cuya jornada laboral se desarrollaba entre cadáveres.

Adams observó el talón de Virginia Donaldson y descubrió la huella de la aguja hipodérmica. La muerte había llenado su cuerpo de feas heridas, mas el pinchazo no se había borrado.

—Ya puede guardar el cadáver.

—¿No va a mirarle la cara?

—No es necesario, ya la he identificado como Virginia Donaldson. Ahora llamaré al forense de turno para que venga inmediatamente a hacerle la autopsia a esta mujer.

—¿Cómo? Pero ¿quién es usted que viene dando órdenes?

—Me llamo Tony Adams Limber y si no avisa al forense teléfono a todos los muchachos de la Prensa. Les advertiré de mi sospecha.

—¿Cuál sospecha?

—De que esta mujer no ha muerto accidentalmente sino asesinada y podré añadir para la Prensa que la policía no tiene prisa en buscar al asesino. Ya sabe, todo saldrá en primera página, máxime cuando hay un muchachito herido por quemaduras cuando trataba de salvarla. Estas cosas son muy espectaculares y usted ya

debe conocer como piensa la clase media norteamericana.

—Espere, espere, voy a llamar al director del departamento y...

—Hágalo aprisa, no voy a moverme de aquí hasta conocer el resultado de la autopsia.

A los treinta y tres segundos justos entraba el forense, preocupado. Junto a él, el director del departamento.

No era nuevo que ingresaran cadáveres víctimas de manos homicidas pero había que cuidar la opinión pública y allí había un hombre muy popular llamado Tony Adams Limber que podía espolearla en contra de ellos.

—¿Qué es esa sospecha de asesinato?

—Doctor, ¿va a hacer usted la autopsia?

—Sí, por supuesto.

—Bien, aguardaré a que la haga. Quiero irme de aquí con un resultado cierto.

—Pero ¿qué busca usted? —preguntó el director.

—Saquen el cadáver por favor.

A una orden del director el empleado que atendiera anteriormente a Adams, sacó el cadáver de Virginia. El detective destapó su pie y lo mostró a quienes le observaban, preguntando directamente al galeno:

—Doc, usted que es especialista, ¿no diría que esta marca es debida forzosamente al pinchazo de una aguja de inyectables, poco antes de su muerte?

El médico se acercó para observarla con detenimiento. Luego dijo:

—Sí, no cabe duda, es el pinchazo de una aguja hipodérmica, efectuado además por un profesional. En otra parte del cuerpo podría atribuirse a la picadura de un insecto, pero justamente en la vena, no.

El director de la Morgue miró preocupado a Adams y preguntó:

—¿Qué significa este pinchazo?

—Tengo la impresión de que a través de este minúsculo agujerito fue inyectado algún alucinógeno a la víctima en contra de su voluntad. La embriaguez de dicha droga pudo causar el accidente, que en ese caso se transformaría en homicidio en primer grado.

—Pero, es sumamente difícil poder demostrar esto. Si

efectivamente esta inyección es de drogas, podía habérsela dado ella misma.

—Doc, ¿usted cree que ella misma se habría inyectado en el talón?

—Pues no —suspiró el médico—. Los drogadictos suelen inyectarse en la vena cefálica, justo en el pliegue del codo.

—¿Y por qué cree que le inyectaron en el talón, doc? Solo una opinión.

—Yo diría que para ocultar el pinchazo.

—¿Podría opinar de esta forma delante de un gran jurado?

—Sí, pero antes hay que demostrar que en el cuerpo de esta desgraciada existe la droga de que usted habla. Luego, quizá pueda opinar con mayor seguridad.

—Perfecto. Cuando termine, tengo que hablar rápidamente con un buen amigo mío, el *sheriff* del condado, Farrow.

Al oír el nombre de la máxima jerarquía policíaca, el director de la Morgue se apresuró a decir:

—Realice una investigación a fondo, doc. Este caso puede tener problemas posteriores y quiero resultados seguros.

Tony Adams aguardó el final de la autopsia pacientemente.

Antes de dar un nuevo paso deseaba estar seguro de sus suposiciones.

Al fin, el médico forense se presentó con la frente perlada de sudor. El director de la Morgue inquirió apremiante:

—¿Y bien, doctor?

—No cabe duda, la víctima tenía restos de éter sulfúrico en sus pulmones y estupefacientes en su sangre.

—¿Floja o en gran cantidad?

—En una cantidad excesiva —opinó el doc—. Los estupefacientes son una mezcla de heroína y otros alucinógenos.

—No es necesario que entre en disquisiciones técnicas, doc, déjelas para la corte. Ahora nos conformamos con saber que le inyectaron lo que en el argot del hampa llaman un «petardo» para hacer un largo viaje de repugnante sensualidad.

—En términos vulgares del hampa, así es —admitió el forense.

—Y bien, doc, ¿algún resultado más? —preguntó esta vez el director del establecimiento.

—Sí y un resultado muy importante. Pese a las múltiples heridas

de la víctima, la muerte le sobrevino a consecuencia de un fallo cardíaco debido a la fuerte dosis de droga a la cual no estaba habituada.

—Eso complica las cosas —opinó el director—. Tenía usted razón, Adams, es asesinato. Daremos parte en seguida al departamento de homicidios. Creo que querrán ponerse en contacto con usted, parece conocer mucho de este caso.

—Algo sí, señores, por ello estoy haciendo la investigación.

—Yo haré el parte tal como se lo he dicho a ustedes.

—Doc, creo que podría ampliarlo un poco más. Seguramente el fiscal, cuando le haga ir a la corte, le preguntará.

—¿El qué?

—Sobre el éter sulfúrico. Es posible que durmieran a la víctima con gas de éter sulfúrico a cincuenta grados Celsius y luego, ya inconsciente, le inyectaran el estupefaciente que le causó la muerte, lo que significaría que fue administrado en contra de su voluntad.

—Sí, es muy posible, aunque médicamente sería muy difícil de certificar.

—Bien, señores, gracias por todo. Ahora, tengo prisa por visitar al *sheriff* Farrow. Todavía hay muchos problemas que resolver.

—¡Aguarde, Adams! —llamó el director de la Morgue cuando el investigador privado se dirigía ya a la puerta de salida.

—¿Sucedó algo? —preguntó ya con un cigarrillo entre los labios.

—¿Va a avisar a los muchachos de la Prensa? No olvide que el informe del forense aún no está legalizado, es extraoficial. Podría buscarnos problemas si lo divulgara antes de tiempo. En realidad, hemos hecho mal informándole a usted, pero debido a los datos que nos ha proporcionado sobre la víctima y a la amistad que le une con el *sheriff* Farrow...

—Descuide, no avisaré a la Prensa. Lo que es a mí no me hace falta publicidad, yo diría que ya me molesta.

Saludó con la mano y abandonó el establecimiento.

Tras él quedó una estela de aromático humo de tabaco, que sin embargo no logró disipar el fuerte y desagradable olor a formol.

CAPÍTULO VI

No era fácil que el *sheriff* Farrow, jefe de la policía del condado, recibiera a nadie por un caso policial. Para resolver aquellos problemas, estaban sus brigadas y departamentos con sus comisionados, capitanes, tenientes, sargentos, etcétera.

Estaba muy distanciado del *sheriff* de un siglo atrás que impusiera la ley en los poblados del Oeste o en la misma California. Un *sheriff* solo ante los forajidos, ante el peligro. Actualmente, el *sheriff* tenía todo un ejército policial a sus órdenes y su cargo era meramente político, siempre cerca del gobernador. Así trató de hacérselo comprender a Tony Adams, uno de los pocos particulares a los cuales recibía, habida cuenta de su gran popularidad.

—Si usted lo dice, Adams y si el forense lo ha confirmado, no hay duda de que será homicidio, pero a un investigador como usted no es necesario que le recuerde cuantos casos de homicidio hay diariamente en mi condado o solo en ciudad de Los Ángeles.

—Sí, ya imagino que un crimen en Los Ángeles es como gota de agua en el océano.

—Desgraciadamente, así es. Anualmente tenemos unas estadísticas negras sobre las bajas de los agentes de policía asesinados en actos de servicio y son verdaderamente deplorables. Las poblaciones grandes no solo son un hervidero de coches y gente, sino de asesinos, y cuantos más habitantes hay, más fácil les es esconderse. Nueva York, Chicago y Los Ángeles son ciudades idóneas para anidar esas ratas llamadas hampones —suspiró—. Sin embargo, nosotros las combatimos, disponemos de muchos medios para ello. Por cierto, Adams, ¿el asesinato de esa muchacha de la que me está hablando, tiene algo que ver con la Cryton, con ese millón que pretende ganar por una investigación?

—Posiblemente sí, pero hay que probarlo y yo deseo colaborar con ustedes, con la policía. No pretendo ser un estorbo, sino una ayuda. Por ello les comunico inmediatamente mis sospechas.

—Y yo, como *sheriff* del condado, se lo agradezco. Creo que al principio no lo consideré en lo que debía. Ya sabe, la policía recela

un poco de los investigadores privados que quieren pasarse de listos, pero usted me va cayendo simpático, de veras.

—Gracias *sheriff*, pero no he venido aquí a molestarle con el simple objeto de caerle simpático, sino de averiguar el porqué de la muerte de Virginia Donaldson.

—Sí, perfecto, perfecto. Le diré a mi ayudante que se encargue él mismo personalmente del caso. Estoy seguro de que este asunto va a tener mucha publicidad con ese dichoso millón que estoy viendo terminará por cobrar de las manos de Cryton. No se me olvida que yo fui puesto como árbitro de la apuesta.

—¿Cuando dice su ayudante se refiere al capitán Webb?

—Así es. Sé que es un poco sarcástico pero muy eficiente, se lo aseguro. La verdad es que la policía no fue su vocación natural.

—¿Ah, no?

—No. Fue oficial de la Air Force. Estuvo diez años destinado en Okinawa. La verdad es que participó en la segunda guerra mundial cuando era un mozalbete y luego en la de Corea con sus reactores, pero para conducir esos diablos del cielo, cada vez más rápidos, se precisa un estado físico perfecto y perdió algo de vista. Naturalmente, debido a sus servicios, le ofrecieron un puesto en tierra, pero Webb siempre ha sido ambicioso y no se conformó. Entró al servicio de la policía utilizando algunos factores políticos y recomendaciones, ya se sabe, y subió rápidamente. Creo que al final me quitará el puesto a mí.

—Sí, pero me temo que Webb no se llevará muy bien con su esposa Scilla.

—Pues no opino yo eso. No es que sean un par de tórtolos pero se entienden bien y se ayudan mutuamente para escalar puesto en la sociedad. Scilla, aunque joven, es una mujer muy inteligente. Webb la conoció en el Japón cuando ella ya había recorrido todo el oriente estudiando su cultura, su idiosincrasia y en especial su arte folklórico y representativo. Creo que cuando Webb la conoció, ella representaba en un teatro japonés, y le aseguro que el arte oriental es mucho más complicado que el occidental. Allí controlan hasta el mínimo movimiento de cada uno de sus dedos.

—Diablos con Scilla Webb, no me sorprendería que tuviera cinta negra en judo.

—Y en karate, amigo Adams, y en karate. Scilla Webb es una

mujer muy preparada, no la subestime. Creo que solo tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Le gustan las cosas caras, en especial joyas de mucho valor, pero debido al sueldo de su marido se conforma con imitaciones de las grandes joyas.

—Muy interesante todo lo que me ha contado sobre Scilla. Creo que no había llegado a conocerla bien.

—Pues, me satisface haberle hablado de ella. Ahora voy a telefonar a Webb para que regrese a la ciudad —tomó el auricular del aparato.

—No, *sheriff*, no lo llame.

—¿Por qué?

—Yo mismo iré a buscarlo. Hablaré con él. Si vamos a estar juntos en esta investigación, mejor será que trate de congeniar con él. Creo que la última vez que nos vimos en la mansión de los Cryton no simpatizamos mucho.

—Como guste. Él se encentrará ahora en su cabaña de las afueras de Riverside. De cuando en cuando va allí para pescar y tranquilizar sus nervios. Lo cierto es que no recibe visitas y no lleva ni a los amigos. Yo mismo no conozco su cabaña que, según él, está junto al río. Allí pesca.

—Si me da la dirección iré a sorprenderle mientras pesca una de sus truchas.

—Ignoro si va a molestarse, pero me agrada que quiera simpatizar con él como lo está haciendo ahora conmigo. No se preocupe, que Webb cuidará de investigar a fondo el caso de esa mujer asesinada con drogas.

—Pues bien, solo me falta la dirección y voy a buscarlo.

—Creo que está en la carretera sudeste, en la milla cuarenta y cinco. Hay un camino particular, según ha contado él, y por ese camino se baja al río donde se ubica su cabaña.

—O.K., veré si le encuentro en plena paz y tranquilidad.

Tony Adams Limber abandonó el edificio policial y en su «Porsche» tomó la carretera del sudeste, una carretera poco frecuentada, ya que a partir de las ochenta millas se adentraba en un desierto árido y hostil, montañas carentes de vegetación y plagadas de alimañas e insectos venenosos.

Junto a la carretera vio varios senderos que descendían al valle por donde discurría un alegre río que daba vida y vegetación a todo lo largo de sus orillas.

Al llegar a la milla cuarenta y cinco, tal como le indicara el *sheriff* Farrow, halló el camino particular.

A ambos lados del mismo, dos columnas de hormigón y una gruesa cadena que cerraba el paso.

Adams esbozó un gesto de contrariedad.

Por detrás de las columnas no podía pasar el automóvil, ya que el terreno era francamente rocoso. Precisamente en aquel lugar, para abrir el camino hasta la carretera, habían tenido que hacerlo con martillos neumáticos rebajando la banda rocosa.

Dejó el morro del coche frente a la cadena y se apeó de él. Ya en el suelo, palpó los eslabones de acero diciéndose que resistirían perfectamente la embestida de un camión de gran tonelaje.

Se aproximó al también grueso candado que los unía a la argolla de uno de los pilares de hormigón, pilares de dos pies de diámetro y que suponía armados de acero.

—Parece que es un buen candado pero...

Regresó al coche, tomó unas ganchas y volvió junto al candado tras comprobar que no había timbre alguno para llamar.

Un par de minutos bastaron para la habilidad del detective. El candado quedó abierto cayendo la pesada cadena al suelo.

—Bien, daremos al capitán Webb una sorpresa con mi presencia, ya que no espera a nadie y tiene su camino particular cerrado a los intrusos.

El «Porsche» rodó por encima de la cadena, aplastándola contra el suelo polvoriento, y se adentró por el camino particular.

Antes de descender hacia el riachuelo, el sendero rodeaba una colina. Cuando ya la había volteado casi totalmente, Tony descubrió una lujosa mansión que le obligó a pisar el freno.

—¿Me habré equivocado de camino? —se preguntó, perplejo—. El *sheriff* ha dicho que se trataba de una cabaña.

De la guantera extrajo unos poderosos prismáticos que solía llevar siempre en ella. Miró hacia la casa.

Aquello distaba mucho de ser una cabaña. Era una residencia veraniega para millonarios y estaba circundada por un extenso jardín con zona deportiva, pista de tenis y una gran piscina junto a

la cual había varios parasoles, mesitas y hamacas. En una de ellas, en traje de baño y protegiéndose con gafas oscuras, descubrió al capitán Webb.

—Diablos con Webb...

En otra de las hamacas estaba tumbada una joven de cabellos largos y rojizos. Se cubría con la mínima expresión de un bikini blanco que contrastaba con su piel tostada.

Con los prismáticos pudo ver como la pelirroja abandonaba su asiento, se acercaba a Webb. Él le acarició el cabello y cuando la caricia terminó, ella rio. Tomó el vaso de refresco de él, bebió de su contenido y dirigiéndose a la piscina, con un perfecto salto, se zambulló.

—Vaya con el capitán Webb, le agrada la buena vida Y Scilla, ¿qué dirá de todo esto?

Reanudó la marcha con el «Porsche» hasta detenerse frente a la verja de hierro que unía el muro que circundaba la mansión en que se hallaba Webb. El camino también torcía hacia la izquierda aproximándose al río. Supuso que terminaría en alguna cabaña de troncos, pero Adams ya sabía dónde hallar al capitán Webb. Tocó el claxon varias veces.

No tardó en acercarse a la verja un vigilante con dos mastines color negro que ladraban furiosamente.

—¿Qué quiere? Esta mansión es particular.

Adams asomó su cabeza por la ventanilla abierta y replicó:

—Quiero hablar con el capitán Webb

—¿Y quién es usted?

—Me llamo Adams. Dígale que vengo de parte del *sheriff* Farrow.

El vigilante enganchó las cadenas de los perros en la reja de la puerta, como dejándolos custodios de la misma. Se alejó hacia la derecha del muro donde debía haber una caseta con teléfono. Poco después regresó, sujetando los perros al tiempo que franqueaba la verja.

—Puede pasar.

El «Porsche» se internó en la mansión. El detective pensó que no era muy sano poner pie a tierra cerca de aquel par de ladrones y babeantes mastines de pelaje oscuro.

Al fin se detuvo junto a las escalinatas de la entrada principal de

la mansión. El propio capitán Webb, cubriendo su cuerpo con una camisa medio abierta, salió a recibirle. Su rostro no era demasiado amistoso.

—Adams, ¿qué ha venido a hacer aquí? ¿Qué es ese cuento de que le envía el *sheriff* Farrow?

Tony Adams se apeó del coche parsimoniosamente. Sacó un pitillo, lo colocó entre sus labios y le prendió fuego mientras observaba en derredor con admirativa burla.

—Esto no es precisamente una cabaña, capitán Webb. Vive usted como una gran estrella hollywoodense o quizá como el mismísimo gobernador.

—¿Que le interesa más, la casa o hablar conmigo?

—Oh, no es mi intención molestarle, solo deseo hablar con usted, pero ¿de veras conoce el *sheriff* Farrow esta cabaña?

—Ya está bien, Adams, deje de hacerse el gracioso —masculló molesto—. Esta casa la heredé, ¿sucede algo?

—¿Y vive solo aquí?

—Sí. En estos momentos me hallaba pescando, mi pasatiempo favorito, cuando ha venido usted a interrumpirlo.

—Caramba, a mí me gustaría pescar siempre como usted lo hace. Debe obtener unos ejemplares magníficos, solo aptos para las cocinas de *gourmets* millonarios.

Adams había aludido a la pelirroja metafóricamente, no quería indisponer más a Webb en contra suya.

—Adams, aquí paso mi tiempo muy a gusto y no deseo que usted me lo robe, de modo que hable aprisa. En la ciudad también tengo mi despacho y si quiere hablarme puede hacerlo allá.

—Sí, claro, y pidiendo hora anticipadamente, ¿verdad?

—Exacto. Su popularidad como el detective del millón no le concede facultades ni derechos especiales. ¿Qué es lo que viene a decirme de parte del *sheriff* Farrow?

—Que se encargue usted mismo en persona del asesinato de Virginia Donaldson.

—¿Por quién me ha tomado? —se sorprendió Webb enarcando las cejas tras las gafas color circonio—. No soy un detectivillo cualquiera del departamento de homicidios, soy el ayudante del *sheriff*.

—Un cargo importante, Webb, tan importante como sus propias

ambiciones. Ha sido el propio Farrow quien le ha encargado a usted. Vaya al teléfono y confírmelo. Al venir aquí solo pretendía darle una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —repitió cada vez más hostil.

—Sí. Creí que le sentaría bien desentumecer sus músculos de tanta labor policial en las altas esferas de la sociedad, corriendo tras algunos asesinos de esos que se cargan a la gente fríamente.

—Estoy harto de sus ironías y de sus tonillos, Adams. Ahora mismo voy a comprobar lo que me dice y si no es cierto, si se trata de una brema...

—¿Qué sucederá, Webb, me echará a sus perros?

Webb, sorprendido en aquella mansión cuya propiedad no mantenía en riguroso secreto pero tampoco divulgaba, quizás esperando hacerlo cuando su fortuna y posición social fueran más elevadas, resopló y se internó en la casa.

Tony Adams hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y anduvo en dirección a la piscina. Allí ya no estaba la hermosa pelirroja.

Contempló el agua pasivamente, mas estaba seguro de que alguien lo observaba furtivamente. Para descubrirlo, giro de súbito sobre sus pies, sorprendiendo en uno de los grandes ventanales a la pelirroja del bikini, una fruta muy joven todavía.

La fémina, sorprendida, hizo ademán de esconderse tras los cortinajes, mas al percatarse de que ya era inútil, pues había sido descubierta, se quedó quieta. Primero, sonrió y después onduló su cuerpo provocativa.

—¡Adams!

Al escuchar la interpelación del capitán, la muchacha se apresuró a ocultarse tras los cortinajes.

—Aquí estoy —respondió. Dejó que se acercara y por su parte no dio un solo paso para acortar distancias. Una vez lo tuvo junto a él, observó—: Una magnífica piscina, digna para que naden en ella las más hermosas sirenas. ¿Y puede mantener todo esto con su sueldo, capitán?

—Déjese de insinuaciones estúpidas y dígame qué rollo le ha colocado al *sheriff* Farrow con la muerte de Virginia Donaldson.

—¿Rollo? Ya habla usted con el argot hollywoodense, claro, como vive igual que las grandes estrellas.

—Ya me está colmando la paciencia, Adams.

—Tranquilícese, capitán, cualquiera diría que está usted nervioso.

—¿Se me nota? —inquirió con sarcasmo.

Dominando la situación, Tony Adams dio una larga chupada al cigarrillo. Luego habló.

—Verá, existe un informe del forense de que esa mujer murió a causa de un complejo de alucinógenos sexuales que le fue aplicado en contra de su voluntad.

—¿Y cómo sabe que fue en contra de su voluntad?

—El forense asegura que había restos de éter sulfúrico en sus pulmones, lo que indica que la durmieron con anterioridad.

—Está bien, no es el primer crimen que se comete con un inyectable de drogas. ¿Qué más?

—Que pretendieron hacer aparecer el asesinato como accidente despeñando el auto de la víctima en la carretera de Santa Mónica. Gracias a unos valerosos *boy-scouts* que arriesgaron sus físicos, incluso uno de ellos resultó herido, la mujer no se quemó junto con el destrozado coche que estoy seguro fue llenado de carburante hasta rebosar para que la pira funeraria fuera lo suficientemente grande y duradera como para que solo quedaran cenizas de los restos de Virginia Donaldson. Mas no tuvieron suerte.

—¿Se refiere a los asesinos?

—Naturalmente, capitán.

—Está bien, un crimen alevoso y premeditado. ¿Sabe cuántos crímenes se cometen a diario en ciudad de Los Ángeles?

—No me hable de estadísticas, por favor. El que me interesa es este crimen en especial y creo que a la opinión pública también, así como a la industria Cryton. Su propietario le agradecerá que se investigue la muerte de una de sus empleadas.

Webb suspiró. Calmó sus nervios y trató de ahondar en el fondo de las pupilas grises del investigador privado.

—Está bien, pero va a ser muy difícil averiguar quién le inyectó esa droga que le causó la muerte.

—Yo le ayudaré en la investigación. No olvide que puedo ganar un millón de dólares.

—Esto no parece muy claro, Adams.

—¿El qué?

—Normalmente, los investigadores privados no dicen nada a la policía. Se arriesgan investigando por su cuenta. En cambio, usted...

—Me curo en salud, capitán. Juraría que usted está esperando un desliz mío para quitarme la licencia de investigador.

—¿Se me nota?

—¿Ve como el ser precavido tiene sus ventajas? Además, creo que no es investigar lo que le pido, sino arresto en regla.

—¿Solo un arresto?

—En principio, sí, aunque probablemente ese arresto traerá consigo otros, quizás el desmoronamiento de una complicada organización dedicada al espionaje industrial.

—Para detener a un criminal, primero hay que estar seguro de que lo es. Hacen falta pruebas, testigos y conocer el lugar donde se puede arrestar.

—Yo le proporcionaré esos datos. El tipo se llama Yoham y se esconde en el 123 de Boon Street.

—¿Quién es ese Yoham?

—Yo solo conozco su nombre, pero se trata de un embaucador de mujeres, especialmente las que trabajan en departamentos de investigación de grandes empresas californianas. Para ello, reparte sus folletos estratégicamente y luego utiliza a sus víctimas como agentes espías, supongo que en contra de su voluntad.

—Parece que ha avanzado mucho y rápidamente en su investigación. ¿Puede probar todo eso?

—Sí, existe un testigo que prestará declaración. Además, cuando se efectúe el arresto del tal Yoham, seguramente se hallarán en su poder todas las pruebas que le inculparán. Estupefacientes, éter sulfúrico, etcétera.

—Antes debo hablar con la testigo.

Adams se lo quedó mirando. Plegó sus labios en una sonrisa cínica y replicó:

—Oh, no capitán, primero arreste a Yoham. Una mujer fue asesinada y ella estuvo esa noche en el tugurio de Boon Street. En ese local encontrarán todas las pruebas acusadoras para detenerlo. Háganlo antes de que sospeche que está siendo acorralado y alce el vuelo.

—Si lo persigue la policía no escapará, se lo digo yo, Adams.

—Eso espero, capitán, porque a ese sujeto también se le podrá

acusar de otro crimen.

—¿Otro?

—Sí.

—¿Cuál?

—Agnes Sullivan.

—¿Quién es ella?

—Una mujer que fue despedida de la Cryton. Posteriormente falleció en un supuesto accidente de circulación, pues estoy seguro de que le ocurrió algo semejante que a Virginia Donaldson, aunque va a ser muy difícil demostrarlo.

—¿Por qué?

—Fue enterrada hace varios meses.

—No recuerdo ese caso, revisaré el archivo.

—Hágalo. Hay un testigo que también relacionará a Yoham con esa muerte.

—¿Un testigo, quién es?

—Esa es mi parte de la investigación.

—Vamos, ¿no dice que va a colaborar conmigo?

—Sí, colaboraré con usted, pero primero vayamos a arrestar a Yoham. Avise a un par de patrulleros que nos acompañen por si opone resistencia.

—No tan aprisa, Adams.

—¿No deja que le acompañe?

—No. Los arrestos son cosa de la policía y no de los investigadores privados. Sin embargo, no tema por su millón: si el *sheriff* Farrow conoce el caso, la gloria será suya.

—Eso espero.

—Con respecto a Yoham, si es cierto lo que dice le arrestaremos inmediatamente pero bueno será que luego podamos probar que es culpable. Creo que el *sheriff*, Farrow ha confiado demasiado en usted, Adams. Se está haciendo viejo, demasiado viejo, quizá empieza ya a chochar.

—¿Es lo que está aguardando para ocupar su puesto, Webb?

Sin esperar respuesta, con las manos hundidas en los bolsillos, se alejó hacia su «Porsche». Al pasar junto a una de las ventanas, saludó con la mano; estaba seguro de que la preciosa muchachita de los cabellos rojos estaba tras ella.

CAPÍTULO VII

El automóvil deportivo rodaba rápido de regreso a ciudad de Los Ángeles. Tony Adams conducía pensativo. Había varias cosas y situaciones que no encajaban en el engranaje que ya comenzaba a tomar forma en su mente.

La autopista era ancha y se podía circular con fluidez y velocidad. Faltaban solo un par de millas para hundirse en la populosa periferia de la abigarrada ciudad. Su fundador, Fray Junípero Serra, jamás hubiera sospechado el desarrollo y la expansión demográfica que alcanzaría en el transcurso de escasos siglos después de su nacimiento.

De pronto, un automóvil con una velocidad endiablada, hizo sonar su claxon pidiendo paso en el carril de máxima velocidad.

Adams miró a través del espejito retrovisor. Era un automóvil rojo el que le pedía paso. A través del cristal parabrisas no pudo ver quien lo conducía, ya que el sol se reflejaba en él haciéndolo brillar como la plata.

Por la ventanilla del coche rojo asomaba un pañuelo blanco como señal indicativa. Tony pensó:

«—Un accidente de carretera, alguien que precisa ayuda.»

Humanitario, desvió su «Porsche» hacia el segundo carril. En aquellos momentos, la circulación por la carretera sudeste era escasa.

El auto rojo, sin dejar de hacer sonar su bocina, aumentó de velocidad en el carril más rápido para sobrepasar al «Porsche» de Adams.

Al llegar a la altura de este, cuando ambos rodaban a una marcha superior a los ciento diez kilómetros hora, el pañuelo se internó dentro del auto. El brazo asomó de nuevo con algo que Tony no consiguió reconocer, ya que la mano de aquel sujeto lo ocultaba.

—Ahí va eso, Adams.

Tony parpadeó mirando a aquel tipo al que jamás había visto con anterioridad. El volante era conducido por un chino al que

tampoco conocía.

Un objeto duro y pesado como una piedra entró por la ventanilla abierta. Rebotó contra sus muslos y fue a parar al piso del deportivo.

Una sola ojeada bastó para que comprendiera que lo que había entrado en el auto era algo más peligroso que una simple avispa.

—¡Una granada de mano!

Pisó el freno. Los neumáticos chirriaron ferozmente dejando sus huellas impresas sobre el asfalto caliente por el sol californiano.

Abrió con la zurda la portezuela y arriesgándose a ser aplastado, se dejó caer hecho un ovillo.

Mientras Tony Adams rodaba sobre sí mismo y un automóvil frenaba tras él para no arrollarlo, el «Porsche», sin nadie que sujetara su volante, giró sobre sí mismo en mitad de la autopista e inmediatamente estalló. La bomba de mano con que le obsequiaron había surtido efecto.

Tony se levantó y vio como su precioso deportivo se convertía en una ardiente fogata donde los hierros se retorcían. Suspiró.

—Menos mal que he saltado a tiempo. Por lo visto, la investigación va por buen camino y llegará al final salvo que antes me hagan pedazos.

—¿Le ha sucedido algo? —inquirió un hombre cerca de él mientras una sirena policial ululaba cada vez más próxima.

—A mí no, solo a mi coche y es una lástima; era bastante caro.

* * *

Samantha Brown había dormido a pierna suelta como vulgarmente se dice pese a que aquel no era su lecho ordinario.

Los efectos de la droga y el tratamiento psíquico de que fuera objeto en contra de su voluntad la habían agotado y el sueño había sido tan profundo como intenso.

Pese a todo, había tenido, pesadillas y aun despertándose, una voz extraña martilleaba su mente como herrero sobre el yunque.

«Confía en Yoham, busca a Yoham, visita a Yoham.»

—¡¡No!! —gritó sentándose sobre la cama.

En aquel instante, su cabeza se despejó casi violentamente. Los ojos le dolieron al ver tan claro de repente cuando antes era la

semioscuridad de una pesadilla desagradable.

—Dios mío, ¿qué me habrán hecho, dónde estoy?

No necesitó repetirse la pregunta. Inmediatamente, recordó el rostro atrayente, amable y también algo cínico de Tony Adams Limber. Su expresión se dulcificó.

Decididamente, le agradaba aquel hombre que pudiendo aprovecharse de su situación incontrolable a causa de los narcóticos, no lo había hecho.

Saltó de la cama y tuvo humor para reírse del aspecto que ofrecía dentro del pijama de Adams, del que le sobraban mangas, perneras y ropa en la espalda, aunque no en las caderas ni el busto.

Pisándose el pantalón, recorrió el apartamento sin hallar a Adams por ninguna parte.

Retrocedió al cuarto de baño y tomó una ducha fría para despejarse. Parecía que saliera de una resaca alcohólica.

Ya vestida, buscó su bolso y en la agenda anotó el número telefónico de Adams. Le llamaría para agradecerle su ayuda y por si él deseaba frecuentar su compañía. Samantha estaba dispuesta a ofrecérsela. Hasta entonces, ningún hombre había llamado tan poderosamente su atención como el investigador privado

Abandonó el edificio y tomó un taxi para regresar a su apartamento, mucho más modesto que el de Adams y ubicado en un barrio económicamente más débil.

—Por lo visto, tiene un ferviente admirador, señorita.

Ante la expresión del taxista cincuentón, Samantha parpadeó perpleja.

—¿A quién se refiere?

—Al tipo que nos viene siguiendo con su coche desde que usted ha tomado el taxi.

—¿Está seguro? —insistió incrédula.

—Sí, mírelo usted misma. Ese «Chrysler» nos sigue y a juzgar por la marca y el modelo, no le faltará dinero; puede ser un buen partido.

Samantha Brown observó a través del cristal posterior y vio al «Chrysler» y al hombre que lo conducía, mas aquel rostro no le recordaba nada.

—No creo que sea a mí a quien sigue. No le conozco.

—Le demostraré que la sigue.

El taxista maniobró con su automóvil y torció de pronto por una calle en dirección norte.

Samantha miró hacia atrás y vio como el «Chrysler» tomaba la misma calle. El taxista maniobró de nuevo bruscamente diciendo:

—¿Se da cuenta de cómo sí la sigue? Viéndola a usted es lógico que sea un admirador perdido, señorita.

—Es posible, pero a mí no me agrada él y si lo pierde de vista le daré un par de dólares de propina.

El chófer sonrió.

—Por usted, aunque no me diera propina, voy a hacer que ese abejorro se despiste, sí señor.

El taxista pisó a fondo el acelerador, y como era difícil que el tipo que les seguía conociera mejor que él las calles de Los Ángeles, con su complicada señalización, no tardó ni cinco minutos en perderlo de vista.

—Ya puede mirar tranquila hacia atrás, señorita.

—Se lo agradezco. Es usted un experto del volante.

—Y luego se meten con los taxistas, pero somos los que conducimos mejor en la ciudad. Si supiera la cantidad de gente que se mata.

—Sí, ya me lo figuro. Todos los días vienen los periódicos llenos de noticias de accidentes, ya carecen del aspecto noticiable.

—Sin embargo, la noticia de hoy ha sido precisamente un accidente automovilístico en el que ha perecido una mujer y un muchacho, un *boy-scout*, ha resultado ligeramente herido de quemaduras.

—¿Era el hijo de la mujer?

—No. Él, junto con sus compañeros, quería salvarla, pero ya estaba muerta. Si le interesa la noticia, aquí la tiene en primera página del matutino.

Samantha tomó casi con indiferencia el periódico que el chófer le tendía amablemente por encima del asiento.

La muchacha palideció al leer el nombre de su amiga.

—¡Dios mío! —exclamó sin poder contenerse.

—Es triste, ¿verdad señorita?

—Sí, muy triste. Yo la conocía.

—¿De veras?

—Éramos compañeras de trabajo.

—Eso es peor. Nunca se sabe. Hoy estás aquí y mañana en el frigorífico de la Morgue.

—Quién iba a suponerlo —musitó anonadada.

—Lamento haber sido yo quien le haya dado la noticia, señorita. Por lo que veo, apreciaba a la accidentada —frenó su coche junto al bordillo y agregó—. La carrera ha terminado, hemos llegado a la dirección que me ha dado.

—¿Le molesta que me lleve el periódico?

—No, claro que no —repuso el hombre—, y le repito que lo siento.

Entristecida por la noticia, Samantha Brown pagó al taxista y subió a su apartamento, pequeño pero cuidado con la gracia propia de una mujer delicada y con buen gusto.

Había poca luz en el apartamento. Descorrió en parte la cortina cuando sonó el teléfono, sobresaltándola.

Dejó que el timbre sonara des veces consecutivas antes de tomar el auricular.

—Diga.

Al otro lado sonó una voz masculina que le agradó escuchar.

—Samantha, soy Tony, Tony Adams.

—Ah, hola Tony. Acabo de abandonar tu apartamento y he tomado tu número telefónico para llamarte y darte las gracias por tu ayuda de ayer.

—Samantha, escucha...

—Pareces excitado, Tony. ¿Te has enterado ya de la muerte de Virginia Donaldson, de esa chica de la que te hablé ayer?

—Sí, sobre ella quiero hablarte, sobre ella y el peligro que estás corriendo tú en estos...

La comunicación se interrumpió bruscamente. Samantha golpeó varias veces el resorte del teléfono.

—¡Tony, Tony! Oiga, oiga...

—Es inútil que sigas llamando, preciosa, no hay línea. Acabo de cortarla hace un momento.

Al oír aquella voz inesperada tras ella, se sobresaltó.

Se revolvió descubriendo al hombre del «Chrysler» que, por lo visto, se le había adelantado en llegar a su apartamento, esperando dentro de él.

—¿Quién es usted, qué hace aquí?

—Me llamo Graff y lo primero que te he hecho —le mostró una navaja de las que poseen múltiples usos— ha sido cortar la línea telefónica para que no siguieras hablando con ese entremetido investigador del millón como popularmente le designa la Prensa.

—Yo no sé quién es usted, no lo he visto nunca —replicó Samantha pegando su espalda contra la pared.

—Yo sí te conozco, Samantha Brown, y como ves de nada te ha servido la propina que hayas podido dar al taxista para que me despistara.

—¿Sabía mi domicilio?

—Por supuesto. En tu bolso de mano llevas la dirección. Cualquiera que revuelva en él puede averiguarla.

—¡Márchese o...!

—¿O qué, llamarás a la policía? Vamos, me temo que tu teléfono no funciona. ¿Aún no te has dado cuenta? —inquirió cínicamente el hombre.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me acompañes.

—¿Adónde?

—A un lugar que ya conoces.

—No lo entiende.

—Sí preciosa, lo que sucede es que no quieres entender.

—Ignoro de qué me habla.

—Yoham quiere verte, eso es todo.

—¿Yoham?

—¿Es que no te suena el nombre? —preguntó burlándose de la muchacha a la que tenía acorralada contra la mesita y la pared, dominándola con su envergadura, con su fuerza.

—¡Yo no quiero ver a Yoham!

—Vamos, piensa un poco y verás como sí deseas verle.

—¡No quiero verle, márchese, déjeme en paz, no quiero que me narcoticen de nuevo, que me inyecten drogas en el talón!

—Vaya, lo has ido descubriendo todo o ¿quizá ha sido ese detective tan listo el que te ha hecho caer en la cuenta?

Con un movimiento súbito, Samantha, que todavía conservaba el auricular en su mano, golpeó con él el rostro de Graff, quien acusó el inesperado golpe.

Al golpear con el teléfono, Samantha derribó cuanto había en la

mesita.

Intentó alcanzar la puerta. Pese, al golpe recibido, Graff corrió más que ella y la agarró por el brazo cortándole la escapatoria.

—¡Víbora!

Samantha Brown tuvo que sufrir el castigo que le infligió la mano del hampón sobre su rostro.

—¡Suélteme, canalla, no quiero ver a Yoham!

Hubo un forcejeo por parte de Samantha y varias cosas se derribaren, rompiéndose una lamparita de pie.

Graff sacó una navaja cuya hoja desenfundó automáticamente mostrando su punta y endiablado filo.

—Si no te estás quieta y me obedeces, te hago tantos cortes en la cara que ni el mejor de los cirujanos de estética te dejaría medianamente visible.

La cercanía de la navaja y el miedo que sentía, hicieron que Samantha cediera abandonando su resistencia.

—¿Qué pretenden de mí?

—Ya te lo he dicho, Yoham desea verte y tú deberías confiar en Yoham. Estoy seguro de que tu conciencia así te lo ordena.

Al escuchar aquellas palabras, otras repiquetearon en su mente: «Confía en Yoham, visita a Yoham, busca a Yoham», y asintió con la cabeza.

—Magnífico, ahora ya no habrá problemas. Saldremos juntos a la calle y tú no tratarás de escapar porque confías en Yoham, ¿verdad?

—Sí.

—Y por si se te olvidara, yo llevaré la navaja dentro de la manga de mi chaqueta y no correrías muy lejos antes de que te la hundiera en tu hermoso cuerpo hasta la empuñadura, ¿comprendido?

—No escaparé, confío en Yoham —repuso ya con la mirada perdida.

Graff la tomó por el brazo y abriendo la puerta la empujó fuera del apartamento.

Abandonaron el edificio.

Graff, siempre cogiéndola por el brazo con aparente naturalidad y mostrando una falsa sonrisa, la condujo al «Chrysler». La introdujo en él y el automóvil se alejó rápidamente.

Veinte minutos más tarde, el auto arribaba a la calle Boon.

Samantha Brown fue introducida en la herboristería donde el chino que la atendiera la primera vez, tanto al llegar como cuando despertó de su narcotización, les recibió sonriente y servil.

—¿Están adentro?

—Sí, Yoham espela —respondió con su marcado acento oriental.

—Pues cierra la tienda, hoy no se vende a nadie más —se encaró con Samantha ordenando—: Vamos princesa, nos esperan.

Graff introdujo a la joven en la trastienda, ella no opuso resistencia.

Tras cerrar la puerta del extraño establecimiento, el chino les siguió y cerró también la puerta que aislaba la sala donde se hallaba el trono de Yoham con su gran dosel de estilo oriental.

Esta vez, Yoham se hallaba en pie junto a otro tipo al que Samantha no recordaba haber visto nunca.

—Aquí la traigo. Es una fierecilla pero al fin la he calmado.

Yoham la miró con sus extraños ojos y dijo despacio:

—No habrá problema con ella habiendo enviado a Adams al infierno.

—¿Qué? —inquirió Samantha como resucitando de un largo letargo.

Graff también se mostró perplejo.

—¿Dice que Adams ha sido eliminado? —preguntó.

—Sí, nosotlos encalgarnos de él —explicó el chino señalando a René.

Este asintió.

—Sí, le hemos puesto un regalo en su coche cuando entraba en la ciudad.

—¡Asesinos! —gritó Samantha al borde de la histeria—. ¿Qué pretenden con estos crímenes? Seguro que a Virginia Donaldson la han asesinado ustedes.

La mano larga de Yoham la abofeteó con dureza y sin contemplaciones, sacudiendo su rostro y cabello de un lado a otro.

—Yoham, ese investigador privado no ha muerto como dicen estos dos.

René frunció el ceño:

—¿Qué estás diciendo?

—Que no ha muerto.

Con su vez extraña, casi metálica, rodeado del vaho que dejaban

escapar constantemente las vasijas colocadas sobre los pilares de cobre, con la luz escasa y en tonalidades rojas y verdes que daban un aspecto misterioso y maligno a la estancia presidida por el trono, Yoham preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices, Graff?

—Naturalmente. Cuando he capturado a la paloma estaba hablando por teléfono con ese detective y yo he cortado la línea.

Samantha Brown, con ojos brillantes de alegría, se apresuró a exclamar:

—¡Tony está vivo, no han podido con él!

—¡Imbéciles! —acusó Yoham a sus hombres.

El chino se excusó:

—Si la bomba la tiló Lené al inteliol del auto...

—Es cierto Yoham y lo hemos visto estallar desde lejos, convertido en una pira de hierros retorcidos.

—Pues ese escurridizo Adams habrá tenido tiempo de saltar.

—¿A una velocidad superior a los cien kilómetros hora? Ese salto es mortal.

—Es cierto —admitió Yoham—, pero Adams se ha arriesgado. Tenía mucho que perder si se quedaba dentro del coche.

René dijo en tono de excusa:

—Después de lo sucedido no podíamos regresar para ver cómo había quedado. Nos hubiera capturado la policía.

—Está bien. Seguro que Adams vendrá por aquí y le daremos un buen recibimiento. Primero, hemos de preparar a la chica, a esta mujerzuela rubia.

—¡Yo no soy una mujerzuela! —espetó Samantha ofendida. Le pareció que aquel tonillo despreciativo lo había oído en alguna otra parte.

—¿Vamos a liquidarla a ella también? —preguntó Graff.

—No. Eso sería motivo de alarma en la Cryton. Por ahora, no interesan más muertes.

—¿Cómo impediremos que hable? —preguntó René—. Sabe demasiado.

—Le daremos una sesión especial abajo.

—¿Qué piensan hacer conmigo? —inquirió Samantha asustada.

—Trastornar un poco tu mente —respondió Yoham cínicamente, con sadismo—. Cuando salgas de aquí, apenas sabrás quién eres. Te

internarán en un sanatorio psiquiátrico y jamás nadie creará una sola palabra de lo que cuentes.

—¡No!

—Sí y las causantes de tu demencia serán las drogas. Será fácil que los médicos oficiales lo constaten.

—Pero si la dejamos inútil, perderemos el contacto con la Cryton —advirtió René.

—No temas, si a ella la quitan del archivo, otra la suplirá y ya nos las arreglaremos para atraerla aquí y prepararla para que actúe a nuestras órdenes. Esta chica sabe demasiado, es un peligro. Además, tengo un interés especial en dejarla transformada en una muñeca sin cerebro. Hablará, sí, pero incoherentemente, como esas muñecas que venden en el mercado, con sus necesidades fisiológicas pero muñecas al fin y al cabo, incapaz de pensar para sí misma. A ningún hombre le interesará su proximidad.

Samantha sintió pánico, terror. Echó a correr hacia la puerta pero esta se hallaba cerrada.

—¡Déjenme salir por Dios, déjenme salir, se lo suplico, no diré nada, no diré nada!

Fue inútil que golpeará con sus puños la puerta de recia madera, esta no cedió. Yoham dio la orden oportuna.

—¡Traedla al banco y sujetadle los brazos, vamos, rápido!

René y Graff se encargaron de trasladar a Samantha pese a su resistencia y llanto hasta el banco donde fue sentada y sujeta por los brazos impidiendo que escapara.

—Ahora, todos al trono —ordenó Yoham.

Todos se protegieron tras la cortina de seda blanca que rodeaba el amplio dosel.

Yoham se acomodó en su trono y oprimió un resorte del mismo. Una invisible cortina de aire puro los rodeó. Luego, pulsó otro resorte y se escuchó como si se estuviera desinflando un neumático.

—¡¡Socorro!! —gritó Samantha mientras el grupo, tras la cortina y dentro de un ambiente de aire puro, se reía de ella.

Samantha Brown comenzó a sentir su cerebro invadido por algodones, su vista se nubló.

Su resistencia, sus gritos, fueron menguando hasta que su cabeza se ladeó incapaz de ser sostenida por el estilizado y hermoso cuello.

CAPÍTULO VIII

Un simple cortaúñas bastó a Tony Adams para franquear la puerta del apartamento de Samantha Brown.

Frunció el ceño y apretó los labios al ver el desorden que reinaba en la estancia. No cabía duda de que había habido lucha.

Vio el auricular del teléfono colgado en una posición muy significativa. Lo llevó a su oreja y nada escuchó. Pulsó el resorte y no tardó en descubrir la línea cortada. Comprendió.

Molesto, arrojó unos libros al suelo y abandonó la vivienda.

Una vez en la calle, buscó una cabina telefónica. Introdujo un níquel y marcó unos guarismos en el disco.

—Policía al habla, ¿diga?

—Mi nombre es Tony Adams Limber. Llevo prisa, pásenme comunicación con el capitán Webb, por favor. Estoy en una cabina pública.

El agente encargado del teléfono respondió con prontitud:

—Enseguida, señor Adams.

Tony escuchó unos murmullos lejanos. Inmediatamente se descolgó otro teléfono.

—¿Diga?

—¿Capitán Webb?

—Yo mismo. ¿Quién llama?

—Adams.

—Diablos, ¿usted otra vez? Solo hago que llegar a la central de policía y ya está incordiándome —gruñó molesto.

—¿Acaso creía que ya no le molestaría nunca más?

—¿Y por qué no? Hubiera sido una suerte para mí que así sucediera.

—Déjese de sarcasmos, Webb. Preciso de su intervención rápidamente.

—¿Qué ocurre ahora?

—Samantha Brown ha sido raptada. Hay que darse prisa, le espero en la calle Boon frente al ciento veintitrés.

Tras aquellas palabras, el capitán Webb captó como Adams

ahorquillaba su auricular cortando la comunicación.

—¡Maldito investigador!

Con un golpe seco, colgó también su teléfono.

Abandonó el edificio general de la policía en Los Ángeles y tomando su coche rodó hacia la calle Boon, situada a una considerable distancia de donde se hallaba.

—Ese entremetido —iba mascullando mientras conducía—. He tenido que dejar a la pelirroja en la «cabaña» y ahora sabe que no es precisamente una cabaña.

Al llegar a la calle Boon, cerca de la numeración indicada, aparcó su automóvil. Cuando se apeaba del mismo vio a Adams que se le acercaba con rostro sombrío.

—¿Qué sucede ahora Adams, qué nuevo cuento va a explicarme?

—No es un cuento capitán Webb, sino una realidad.

—De no ser porque ha convencido al *sheriff* Farrow, lo mandaría a freír espárragos.

—Dejemos aparte nuestras antipatías particulares. En esa herboristería que hay en la otra acera, de un instante a otro, una testigo puede ser asesinada.

A través de sus gafas circonio, el capitán Webb miró directamente el rostro del investigador.

—¿Es el testigo del que me habló en su visita a la cabaña? —preguntó.

—Si a su mansión la llama cabaña, así es, capitán. La pandilla de espías industriales se esconde ahí dentro, estoy seguro, y su jefe es Yoham, un oriental.

—Bien, pues al fin terminaremos con este enojoso asunto. Llamaré a la central para que envíen refuerzos.

—Perfecto capitán, perfecto.

Adams aguardó a que el capitán se introdujera en su coche. Llamó por el teléfono que había dentro del mismo y luego volvió a salir guardando un arma en su bolsillo, una pequeña «Browning» de gran rapidez de disparo.

—Vamos, nosotros podemos adelantarnos antes de que lleguen los refuerzos. Así ganaremos tiempo y evitaremos en lo posible que a esa chica le ocurra algo.

—Deberemos forzar la puerta para entrar, capitán. ¿No será

precisa una orden judicial?

—Entraremos bajo mi responsabilidad. Después de todo, la situación es de inminente peligro para un testigo de cargo. Luego ya nos ocuparemos de la orden judicial.

—Pues bien, abra usted mismo la puerta ya que es policía. No quisiera tener yo líos después.

Webb extrajo unas ganzúas de su bolsillo y abrió con facilidad la puerta de la herboristería. Ambos hombres penetraron en la misma.

Adams sacó también su pistola, una «Browning» idéntica a la que utilizaban los *G-men*.

—Capitán, creo que se irá por ese corredor —Adams señaló hacia delante.

—Sí, pero aquí hay una puerta y parece cerrada.

—Practique nuevamente con las ganzúas, capitán. Es usted todo un experto. Mientras lo hace, yo sostendré su pistola.

El capitán sacó de nuevo las ganzúas. Miró a Adams, sonrió apenas y le dejó la pistola para que la sostuviera. Al fin, la recia hoja de madera cedió.

—Ya está, deme mi pistola.

—Aquí la tiene, capitán.

Webb tomó la «Browning» y pasó adelante.

—Diablos, Adams. Fíjese, esto parece un templo oriental.

—Sí, es muy efectivo para algunas mujeres que gustan de los misterios, de lo sexual, de lo desconocido.

—Creo que esto, en marcha, puede impresionar a cualquiera.

—Es posible, capitán. Ahora, hay que buscar. Aquí no parece haber nadie.

—¿Habrá otro pasadizo que conduzca al lugar donde se esconden? Espero que no me haga hacer el ridículo y todo este no sea más que una broma de pésimo gusto.

Ambos comenzaron a buscar tanteando paredes.

Tony Adams rodeó el trono con su dosel y fue hasta el banco donde Samantha le explicara la habían sentado. Lo revisó cuidadosamente, descubriendo un orificio en cada uno de los brazos de aquellos asientos tallados barrocamente.

Pegó su olfato al agujero y olió.

—No cabe duda capitán, por aquí sueltan el éter sulfúrico que duerme a sus víctimas. Seguramente, después son conducidas a otro

lugar.

—Es usted muy sagaz, Adams. Veamos si descubrimos algo más. Webb se separó del detective.

Hundió su diestra en una vasija y accionó el resorte que había en su interior.

Adams quedó quieto viendo como todo el entarimado que sostenía el trono y el dosel giraba sobre un eje situado a uno de sus lados, dejando al descubierto una trampa con una escalera descendente sumida en la más completa oscuridad.

—Parece que ha descubierto algo interesante, capitán Webb —dijo Adams con voz suficientemente alta para poder ser oído.

—Sí, bajemos.

—De acuerdo, capitán. Yo iré delante.

—Como guste.

Tony Adams comenzó a adentrarse en la oscuridad.

—¡Samantha! —llamó con voz queda.

—¡Tony! —respondió la joven desde abajo.

Habían comenzado a descender cuando del interior del sótano brotó un disparo.

Tony Adams replicó con su «Browning» al tiempo que saltaba varios peldaños a oscuras, escapando a otros disparos que se hicieron contra él.

Hizo fuego por dos veces sobre los lugares donde suponía se hallaban quienes le atacaban a juzgar por la posición de los fogonazos.

Escuchó gemidos de dolor, y un grito de angustia.

Rodó sobre sí mismo bajando las escaleras y no hubo más disparos. De súbito, se hizo la luz.

El sótano era amplio y bien iluminado. Había varios paneles electrónicos pegados a las paredes y en el centro, una mesita articulada sobre la que yacía Samantha Brown sujeta con correas y con el terror más vivo reflejado en su rostro.

No era para menos. Frente a sus ojos, a una distancia de veinte pulgadas, había unos focos apagados en aquellos instantes y que no producirían luz normal, sino que bombardearían las retinas femeninas con fotones ultravioleta que dañarían su cerebro.

Sobre el cráneo, en lugares estratégicos, tenía adheridos varios electrodos que se filtraban por entre el cabello para agujonear la

piel; que emitirían los impulsos eléctricos precisos para modificar la mente de la mujer.

En el sótano había un chino con los ojos muy abiertos y expresión de asombro y el temido Yoham junto a los paneles de mando que controlarían todo el maligno poder para influir en la mente humana en contra de su voluntad.

En el suelo, bañados en sangre, dos hombres, René y Graff, certeramente alcanzados por las balas de Tony Adams.

—Quieto Yoham, esta es tu última fechoría.

—¿Está seguro? —preguntó retador aquel ser de aspecto oriental.

—Sí, te he atrapado con las manos en la masa y dentro de unos instantes llegará la policía para apresarte.

—La policía no vendrá, amigo Adams —advirtió despacio la voz de Webb que le apuntaba con su pistola.

—Vaya, capitán Webb, ¿qué ha ocurrido? ¿La llamada que ha hecho desde su coche era falsa?

—Exactamente. Se ha metido en demasiados líos por entrometido y ambicioso.

—No soy de su misma opinión, capitán.

—Vamos, suelte la pistola y déjese de bravatas —exigió Yoham.

—Verá capitán Webb, usted ha cometido demasiados deslices hablando de cosas que no sabía, especialmente en la cabaña.

—¿Quiere decir que desconfiaba de mí? —preguntó escéptico.

—O. K.

—¿Entonces, ¿por qué ha caído en esta trampa?

—De momento, ya hay dos hampones menos en las cloacas de Los Ángeles.

—Vamos, suelte el arma como dice Yoham.

—No, capitán. De un instante a otro llegará la policía.

—No me diga.

—No le escuches —ordenó Yoham—. Mávalo. O no, será mejor que vea como su amiguita, por la que ha expuesto su vida, se vuelve loca, pierde la razón y se retuerce de dolor.

—No sucederá nada de eso, Yoham. La policía llegará de un momento a otro.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Webb nervioso.

—Sí es cierto. Desconfiaba de usted y después de citarle aquí, he

hablado personalmente con el *sheriff* Farrow explicándole mis recelos.

—No puede ser, solo trata de ganar tiempo. Vamos, entrégueme su pistola.

—¿Mi pistola? ¿Es que es tan tonto que no se ha dado cuenta de que mi pistola la tiene usted.

—¿Cómo?

Webb palideció intensamente sintiéndose inseguro ante las jugarretas del detective.

—Sí, usted tiene mi pistola y yo tengo la suya, solo que hay una diferencia.

—¿Cuál? —inquirió Yoham con mirada relampagueante.

—Que la que tiene usted está descargada. He tenido buen cuidado de cambiarle la «Browning» mientras abría la puerta.

—¡No puede ser!

La exclamación de Webb no sirvió de nada. Al jalar el gatillo, ningún disparo brotó de la automática.

Sin embargo, el *G-men* estaba tan cerca de Adams que trató de golpearlo en el rostro con la pistola. Adams podía haberle disparado a boca de jarro, mas no lo hizo. Le obsequió con una presa de judo, una segunda de hombros, que lo estrelló contra la camilla donde Samantha se hallaba sujeta.

El cuerpo volteado de Webb hizo correr la mesa articulada y por el estirón se desconectaron los electrodos del cráneo de la muchacha en el preciso instante en que Yoham ponía la máxima descarga en los electrodos, todo el voltaje de que era capaz, para quemar en un momento la masa cerebral de Samantha Brown.

El chino corrió hacia las escaleras, pero un puntapié en el estómago frenó su huida.

Yoham sacó un afilado estilete y corrió hacia Samantha con ademán de hundírselo en el pecho.

—¡Tony! —aulló Samantha asustada e imposibilitada para moverse.

—¡Quieto Yoham!

—¡No, ella morirá ya que no hay escapatoria para nadie!

Alzó el puñal dispuesto a clavarlo en el cuerpo femenino, pero Adams tiró de su gatillo cortando la criminal acción.

Yoham se tambaleó, mas aún blandía el puñal en alto, decidido

a segar la vida de Samantha.

Webb, medio recuperado, se levantaba en aquel instante apoyándose en la mesa, vacilante por el golpe recibido. Hizo que la mesa articulada y provista de ruedas se ladeara y el cuchillo solo atravesó el vacío.

—¡Estúpido! —fue lo último que dijo Yoham antes de caer al suelo sin vida.

Webb, que había perdido sus gafas en la caída, no comprendió nada y comenzó a tantear el piso buscándolas.

—¡Te mataré, Adams, te mataré!

—¡Quieto todo el mundo! —ordenó imperiosa la voz del *sheriff* Farrow descendiendo al sótano por la escalera entre dos agentes fuertemente armados.

—Bienvenido, *sheriff* —saludó Tony—. Ahí tiene a su ayudante, jefe de una pandilla de espionaje industrial.

—Parece increíble —suspiró Farrow pesaroso, sorprendido por la culpabilidad de Webb al que consideraba un buen elemento policial.

—Webb es muy ambicioso, *sheriff*. Montó esta organización de espionaje industrial y supongo que no solo robaba los inventos de la Cryton, sino también de otras firmas utilizando el repugnante sistema de preparar psíquicamente a mujeres que trabajaran en los departamentos de investigación, mujeres que luego colaboraban con ellos sin poder evitarlo. Cuando dejaban de serles útiles, las eliminaban como a Agnes Sullivan o Virginia Donaldson, pero en el caso de Samantha Brown hemos llegado a tiempo.

—Y el tal Yoham, ¿es ese cadáver que yace en el suelo con el puñal?

Mientras dos agentes colocaban las esposas a Webb y al chino, Adams dijo:

—Voy a darle una sorpresa, *sheriff* y tú Samantha espera un poco, enseguida te libero.

—¿Otra sorpresa? Creo que he recibido bastantes por hoy.

—Usted me dio una pista y yo comencé a sospechar. Luego le explicaré todos los detalles pero ahora fíjese en esto.

Se inclinó sobre Yoham. Palpó la parte superior del cráneo hasta encontrar algo en lo que hundió sus uñas. Tiró bruscamente y arrancó una careta de látex de perfecta adaptación, dejando al

descubierto el rostro que se ocultaba bajo ella.

—¡Scilla Webb!

EPÍLOGO

La fiesta en la mansión de los Cryton estaba más animada que nunca. Todo el mundo trataba de hacer preguntas a Tony Adams y Samantha Brown, ambos aparejados todo el tiempo en la fiesta.

—¡Adams! —interpeló David H. Cryton haciéndolo ir hacia su grupo junto con Samantha.

—Bien, Cryton, ya no tiene problemas con el robo de sus inventos y no culpe por ellos a Stadford; creo que hace una buena labor en su factoría.

—Sí, por supuesto. Tal como el capitán Webb y su esposa habían montado el espionaje industrial era muy difícil que fueran capturados o descubiertos. Y yo que los tenía por amigos míos...

El *sheriff* Farrow, en tono de excusa, dijo:

—Aun entre los apóstoles elegidos por Jesucristo hubo un Judas. Es lógico pensar que entre la policía existan seres despreciables.

—Es cierto, *sheriff* —asintió Cryton—, y hay que admitir que Adams ha hecho una labor magnífica.

—Inmejorable —añadió la señora Cryton.

—Cuando el *sheriff* Farrow me contó dónde había conocido Webb a su esposa, comencé a sospechar. Ella había vivido en oriente y por los datos que han llegado hasta mí, era una magnífica intérprete del «kaboki» pese a no dejar representar a las mujeres. No obstante, como afición lo había practicado. Estudió el arte oriental e incluso el efecto de las drogas. Según ha confesado el capitán Webb, ella era realmente el cerebro de su pandilla. Se había preparado en Japón para el espionaje industrial, teniendo muchos contactos hasta que conoció a Webb y se casó con él. Ambos se trasladaron a Los Ángeles y mediante presiones a gente que ella conocía, especie de pequeños chantajes, consiguió que su esposo subiera rápidamente en la policía. Luego, hacía falta dinero y Scilla sabía cómo obtenerlo utilizando el espionaje industrial. Constituían un matrimonio muy unido en la ambición, pero creo que las diversiones las obtenían por separado. En este aspecto no formaban un matrimonio modelo. Supongo que no influiría en ello la calvicie total e ignorada por

todos de Scilla.

El *sheriff* Farrow corroboró la explicación de Adams.

—Hemos comprobado por sus archivos que no solo la Cryton, sino otras compañías resultaban afectadas por sus robos de inventos utilizando el sistema de preparar los cerebros de sus víctimas, mas Webb no será acusado de robo de inventos sino de homicidio. Ha confesado de plano y en honor a la verdad debo decir que este caso se ha solucionado gracias al valor y a la sagacidad de Tony Adams.

—Por Dios *sheriff*, voy a sonrojarme —replicó Tony burlón mientras a su alrededor se multiplicaban los comentarios.

—Bien, ahora debo cumplir mi palacra —anunció Cryton—. La verdad, Adams, en principio no me cayó simpático, pero después de todo debo reconocer que si le doy lo convenido me ahorro otra cantidad igual durante el año.

Su esposa añadió:

—Y ganas tranquilidad de nervios al saber que nadie te está robando.

—Sí y ordenaré a Stadford que contrate a un psiquiatra para vigilar las mentes de mis empleados —mientras sacaba el talonario de cheques preguntó—: Pero, ¿cómo sacaban los inventos del arca? No se puede sacar ningún papel de la misma, todos están materializados para que sean detectados.

—Eso lo explicaré yo —dijo el *sheriff* Farrow —. Hemos capturado todo su material y tenían unas diminutas máquinas fotográficas de plástico. Todos los resortes eran plásticos para que no fueran detectados. Ellos aceptaban en su guarida la visita de toda clase de mujeres que trabajasen en lugar importantes. Si ellas mismas no sacaban nada, en cambio sí podían atraer a otras compañeras más preciosas como ocurrió en el caso de Virginia Donaldson y Samantha Brown.

Tony agregó:

—Agnes Sullivan debió darse cuenta en sus momentos de lucidez de cómo era utilizada por la mente maligna del matrimonio Webb. Un día, decidió pasar una simple agenda con aretes metálicos que provocó la alarma y su expulsión de la firma. De esta forma, ella misma se imposibilitaba para trabajar para los esposos Webb y pensaba que la dejarían libre.

—¿Y por qué no avisó a la policía? —preguntó la señora Cryton.

—Posiblemente estaba asustada y en medio de su confusión mental debió pensar que nadie la creería, que la acusarían de drogadicta y de hacer el trabajo para costear su vicio, al menos es lo que le dirían los esposos Webb para asustarla. Pero la chica les estropeó el negocio al abandonar la Cryton y los Webb, no deseando correr riesgos, la eliminaron. Seguramente, eso no lo esperaba la desgraciada Agnes Sullivan.

—Todo aclarado, Adams. Tenga su cheque, se ha ganado el millón.

La curiosidad aumentó en la fiesta al ver como Tony Adams recibía el cheque del millón de dólares. Jamás detective alguno había ganado semejante cantidad por un servicio prestado.

—Perfecto, Cryton, es usted buen cumplidor. Ahora, *sheriff* Farrow...

—¿Qué sucede, Adams? ¿No está el talón en regla?

—Por supuesto que sí, pero quiero que usted lo ingrese en beneficio de los huérfanos de la policía de Los Ángeles. Los chiquillos no tienen ninguna culpa de que sus padres hayan muerto defendiendo la ley y la paga que les dan por eso es tan ridícula...

El «¡Oh!» fue unánime entre los concurrentes. Samantha Brown, que se hallaba junto a Tony, lo observó con admiración.

Cryton preguntó asombrado:

—¿Es capaz de dar así por las buenas un millón de dólares que le pertenece?

—Ya se lo dije, no soy ambicioso. Gracias a una preciosa herencia tengo mis necesidades vitales cubiertas. Si tuviera un millón de dólares, mis herederos soñarían con la forma de eliminarme para heredar. No, no me gusta amasar dinero. Por lo menos, si me muero ahora, nadie va a heredarme, es decir, sí, alguien recibirá los réditos del millón de dólares pero ese heredero ni él mismo sabe quién es, por ello no puede pensar en liquidarme. Además, no quiero que nadie pueda decir que la policía y los investigadores privados nos llevamos mal, ¿verdad *sheriff* Farrow?

—Por supuesto que no, Adams. En nombre de los huérfanos de la policía le doy las gracias. De este gesto se va a hacer eco todo el mundo.

—Oh, no, *sheriff*, más publicidad no, por favor —tomó la mano de Samantha y dijo—: Salgamos afuera. Te mostraré una

panorámica de la bahía que te gustará. Empiezo a pensar que con cien mil dólares de renta anuales puedo formar un hogar.

Samantha Brown se dejó conducir por el hombre mientras sus ojos brillaban como el cielo de una noche agostina, plagada de estrellas.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España